

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV

San José, Costa Rica

1932

Sábado 16 de Julio

Núm. 2

Año XIV. No. 594

SUMARIO

Pedro Prado, escritor chileno	Gabriela Mistral	El Capital en castellano	Enrique Alejandro de Normann
Este valle de lágrimas	Persiles	Poesías	Pilar Laña Santillana
Coro del Edipo en Colono	Sófocles	Rumbo a Goethe (2)	Alfonso Reyes
Playa de Dover	Mathew Arnold	La Humanidad y el Dinero	H. G. Wells
De un lado los que llenan sólo un puño y del otro los que usan ambos	Juan del Camino	Declaraciones de Wells	
Biblioteca Minima Cubana (2)	Elias Entralgo y Antonio Iraizoz	Bibliografía titular	
		Jaime Torres Bodet y lo subconsciente en la poesía	Piero Pillepich

Pedro Prado, escritor chileno

= De La Nación. Buenos Aires =

DESDE LA PUBLICIDAD

Cuando me hablan en el extranjero de la literatura chilena, dándome algunos nombres para probarme el conocimiento, yo les suelo decir:—Lástima grande que les falte a ustedes, al lado de Eduardo Barrios, de Pablo Neruda y de Edwards Bello, nada menos que Pedro Prado.

Voluntad de Pedro Prado es esta ignorancia de los extraños, con la cual disminuye acaso en una mitad el tamaño de nuestra producción literaria; voluntad de no mandar libros a ninguna parte, porque el goce de producir le basta al austero y el de ser escuchado le sobra; voluntad de hacerse publicar en el país por editoriales de radio limitado, poniendo en eso de imprimir una obra la pura intención de... traspaso de un manuscrito borroneado a un impreso claro. Esta es la explicación del caso de Pedro Prado, escritor grande y disfrutado sólo por unos cuantos más allá de nuestra cordillera.

A la ignorancia de los extraños corresponde un conocimiento efusivo de los propios que tienen conciencia de la primogenitura de su escritor, y, mejor que eso todavía, del ejemplar humano fascinante que ha salido de su carne.

El comerciante que enfila en su mostrador diez clases de cristales, las va diciendo una por una, y en la última declara: "Este es el que no se raya y el que dura", se parece al del chileno común que hablando de su Pedro Prado con el mismo tono definitivo dice: "Este es varias veces bueno".

CASI RETRATO

Pedro Prado va rebalsando sus cuarenta hacia sus cincuenta años; una vida bien cargada de trabajo, pero no de trabajos—; bien empleada, y no gastada, en hacerse a sí mismo y en hacer una cara entera de la literatura nuestra; una vida bien provista de la vitalidad que garantiza en cualquier orden la obra larga, y rematada, ya se trate del obrero de piedras en el Miguel Angel que supo durar, o del obrero verbal en el Paul Claudel, que también sesentanea.

En cuanto a bulto físico, es un hombre mediano de talla, en desacuerdo con la estampa de gigantes que se regala



Pedro Prado

al chileno. Ningún rasgo español ni indígena le confiesa la raza, y más bien el abuelo inglés le habla en el cuerpo musculado y ágil. Su cabeza, como la de Paul Claudel, es una de las mejores que ha hecho la casta, dentro de una geometría tan vigorosa como suave. La única marca criolla que yo le he alcanzado persiguiéndosela por la fisonomía, es su sonrisa, medio campechana, medio burladora, que acerca y aleja, en un juego que le divierte, a su interlocutor y a su amigo. La piel sana, más de niño que de adulto, y los ojos claros, le aligeran con una sugestión de infancia la cabeza, tan adulta.

La conversación habrá que decirla como la más enjundiosa de Chile, que a un tiempo es sesuda y traviesa; tan medullarmente original esta charla y tan varonil en las virtudes reales de la varonía (de crear, de enseñar y de esclarecer), que quien la disfrutó ha comido el buey de Ulises espolvoreado con especias y buscará toda su vida una conversación semejante. Días hay, días de las poten-

cias hambreadas y meses de tiritar en la extranjería, cuando yo busco ese coloquio perdido lo mismo que buscan los ojos ilusos la cordillera.

BURGUESIA Y ARISTOCRACIA

Su clasificación de burgués se la ha dado su repugnancia de bohemias pestíferas y ociosas, su equilibrio de araucaria firme por la norma y por la masa, y su vida de hidalgo rural, que adquiere unos sesgos patriarcales por los nueve hijos que se le cierran en torno.

Cuando nuestros mozos dejen de llamar burgués al obrero de puños blancos que trabaja tanto como el obrero que no los lleva, Pedro Prado tomará para ellos su verdadera estampa de trabajador doblado sobre la artesanía o enderezado para avizorar las electricidades del ambiente, activo siempre, dador y respondedor siempre, lo menos burgués de este mundo. (Burgués: criatura de vacaciones rentistas o de deportivo trabajo ocasional y hombre calcáreo. ¿No es el colmo de la sociabilidad la de la esponja que se satura entera y el colmo de la rehusa a la atmósfera la de la cal apagada?)

Demasiado sensato, dicen de él, algunos locos de mentirijilla; ordenado, le añaden, y a la palabra señora le ponen también su dejo de sospecha. El podría contestar: "Ordenado como las estrellas, para el cumplido trabajo del cielo; y como las estaciones, fieles a los campos".

En nuestra América, donde la vida social le come al escritor su tiempo, necesita de mucha disciplina el que quiere pasar de los diez libros.

EL POETA Y EL PROSISTA

Pedro Prado comenzó su carrera literaria, como la mayoría de los sudamericanos, con un volumen de poemas, "Flores de cardo", compuesto en verso libre allá por los tiempos en que no granaban todavía los trigos de las emancipaciones: fué, pues, un precursor de la generación garrida de versolibristas que vendría luego. La estrofa de la castidad austera, exenta de la sensualidad maritornesca de la consonante y de la geometría ya empalagosa de la cuarteta, levantó la extrañeza de la clientela literaria

junto con la cólera ingenua de algunos viejos maestros de la crítica, que se espantaron del salto de la liebre, sin saber que les venían en camino los brincos más altos del kanguro... A pesar del desconcierto, algunos se dieron cuenta de que por esa poesía atrabiliaria levantaba sus cuernos una personalidad robusta, que apuntaba más allá de la poesía, al pensamiento filosófico, y que no venía afirmada en los soportes viejos del romanticismo bronco ni del clasicismo emaciado en que habíamos vivido.

El bonito buen humor de Pedro Prado durante la pelea literaria de viejos rengueadores y de mozos en fronda! El se reía con su risa blanca donde hay del Alsino juguetón y del Androvar filosófico, y no contestaba groserías ni malicias, atareado en cosas mejores que el sobajeo de la métrica de Boileau, muerta y sepultada en cualquier parte.

Vino después de este libro un trabajo y un solaz que Prado no repetiría: conferencias divulgadores de arquitectura y de poesía, publicadas bajo el rubro de "Ensavos", y la formación de una capilla literaria con puertas a medio entornar que se llamaba de "Los Diez" y que editaba una revista y unos volúmenes de selección estricta. La empresa jovial parecía un ensayo de vida literaria ideado por un escritor de gran época: cierta aproximación condescendiente hacia los muchos en la cátedra y una entrega íntima a los pocos en el convivio (La aventura ideal del grupo él la contó en un largo poema en prosa que también lleva el nombre, ya triplicado, de "Los Diez").

Pero el individualista aristócrata que Prado lleva en sí no podía prolongar por mucho tiempo ni la capilla ni las ediciones, y volvería a su soledad laboriosa. Para trabajar, como para rezar y para morir, nadie nos ayuda, pensaría, y más bien nos distraen, y es cierto eso: nadie, excepto un ambiente familiar perfecto como el que la Providencia le regaló a él, creado por la mujer "buena y hermosa" de la canción. La felicidad, la materia terrible y dulce que se atrae el odio ajeno y estalla de pronto como la glicerina arrebatada, le ha durado a este hombre, y los que se la ven y se la palpan—cosa rara en nuestras gentes—han acabado por perdonársela sabiendo que se la merece, de redondo merecer.

Hay en Prado una mixtura de sedentario y de viajero, largas estadas en su casa, y luego un viaje sacudidor; pero, al revés del chileno que se lanza sobre el mapa como el jugador sobre los dados, él se acuerda que su país largo es contenedor de paisajes opuestos, y dentro de Chile se mueve cada año, apuntando para un invierno la meseta del salitre o para un estío el llano patagón. Alguna vez alcanzó hasta la Isla de Pascua, pasión de arqueólogos y de novelistas y que, geográficamente, es de la Oceanía y por una casualidad pintoresca chilena.

El viaje le sirve siempre a este hombre de ojos lípidos y atrapadores, como

el del "cateador" (1) coquimbano, y este viaje le dió uno de sus libros mejores en "La Reina de Rapa-Nui" (2), relato de estilo forjado y de un exótico exento de las falsedades.

—Me gusta mirar, interpretar y contar—diría él como el viejo derviche—. El "ver" ya está en los libros anteriores y estará en los siguientes; el "interpretar" anda metido en su volumen de parábolas, "La casa abandonada"; el "contar" le mañura en el recitado pascuense.

A Prado le complace la vieja forma de narración moralista de los orientes, el hindú, el árabe y el judío-cristiano, que es la parábola; le gusta porque hay en él algunas puntas de docencia que acaso se ignora, una apetencia de enseñar que pudiera venirle de su Chile pedagógico; y le gusta la parábola a causa de que el poeta eterno que lleva consigo no se separará nunca de la carne del símbolo que es la poesía misma.

La manea admirablemente, sin la rapidez fulmínea de Kahlil Gibran y sin la lentitud morosa de Rodó. El estilo, en ellas, es de una objetividad griega, plástica y soleada; el asunto, de las agudezas finiseculares de los Lugones en las "Filosofículas" (3), así aquella que se llama como el libro, "La casa abandonada", o la otra, "Donde comienza a florecer la rosa".

También será de parábolas, pero más breves, el volumen que se llama "Los pájaros errantes", que lo citan poco los críticos y que deberían recordarlo más, porque, a pesar de su pequeñez, pudiera ser que contenga el núcleo de la personalidad entera, el núcleo nutridor de la pulpa vasta que forman los volúmenes de su obra.

El pequeño poema en prosa, del que hemos usado y abusado tanto en nuestra América, por el gusto perezoso que tenemos de escribir corto y sin sujeción a ritmo, se muere antes que los otros géneros que hemos cultivado; es complacencia de un momento y olvido inmediato. Omar Kayyam, Gibran, Tagore y Jules Renard nos deslizaron hacia él por la pendiente de la facilidad, y aunque sea cuatro veces prócer, el ejemplo nos ha resultado bastante dañino y aun calamitoso.

Se perderá la casi totalidad de esta hojarasca volandera de frases cortas; quedarán algunos que nacieron con médulas para durar: estos "Pájaros errantes" y "Las copas", verbigracia, nutridos de símbolo recio bajo la apariencia liviana. La trivialidad del género humano la salvó este escritor, cuya naturaleza ignora radicalmente la superficialidad, haga lo que haga, párrafo de conferencia o broma en la conversación.

El constructor, ya ensayado en la fábula, podía lanzarse a construcción mayor, a la novela, y fué lo que hizo.

En un año que un crítico llamaría "de gracia", a causa de esta obra, Prado publicó su "Alsino", novela fantástico-realista que recuerda alguna vez a

Goya en la revoltura de los materiales del verismo y fantasía, si bien la narración salubre y fresca del chileno no contiene ninguno de los morbos morados de "Los caprichos".

Casi todos los pueblos tienen su "niño novelado" magistralmente: España, el Lazarillo anónimo e insuperable; Suecia, el "Nils Holgersson" de Selma; Inglaterra, el lindo Peter Pan de James Barrie. Nosotros recibimos de Pedro Prado nuestra carne infantil en el "Alsino" y se la agradecemos en cuanto a criatura de ficción, de que los pueblos necesitan tanto como de las de carne y hueso...

El tema era bastante espinoso: no se conducen lado a lado como rieles la crudísima verdad rural y un lirismo de tercer cielo; el choque suele sentirlo el lector y le duele si es enviciado en naturalismos porque él quiere retardarse en la narración realista, y le duele al lector engolosinado en fantasmagorías porque él quiere demorarse en los puros "himnos" de la embriaguez icárea. Una profesora norteamericana me hacía la crítica de la narración con el primero de esos reparos, sin dejar de reconocer que se trataba de una novela en grande.

Había ensayado ya el escritor con tan buena fortuna el manejo de la realidad parda, que pasaría sin dificultad del "Alsino" al "Juez rural", novela sin inierros líricos, de prosa decididamente llana. La naturalidad del tono, la observación meticulosa y honrada, la racionalidad del asunto, el sentimiento empapado de una humanidad al margen de los humanitarismos románticos, hacen de ella una de esas pequeñas obras maestras que, como el "Camarero", de Chemelev, por estar hechas en un gris voluntario, al aparecer no hacen furor, pero quedan, incorporadas al suelo eterno de una literatura.

Vendrá todavía el "Androvar", de la prosa irreprochable, donde le vislumbramos un poco a este "olímpico" el racimo de cuchillos menudos de las torturas que lleva adentro cada hijo de Adán en el siglo. Goethe, el padre de la familia, también llevaba su manojo chino, o, mejor que eso, su jauría de lobeznos, bien guardada, pero no tanto que no padeciese de cuando en cuando su mordisco.

Después del "Androvar" se hace un gran silencio en la vida de Pedro Prado. Los que creen que ya no escribe pueden equivocarse: su desdén cabal de la publicidad, que lo ha hecho repartir sus libros entre un puñado de amigos, puede haberle aconsejado ahora guardar sus originales, después de una lectura para sus hijos, en el cajón más holgado de su escritorio...

RIESGOS DE LA RIQUEZA

Como se ha visto en la primaria enumeración, Pedro Prado ha trabajado en la cantera de casi todos los géneros literarios, poesía lírica, ensayo y novela, empujado a esta amplitud y a esta abundancia por un temperamento de los más ricos entre los que conocemos en la América. Su caso es un poco el de Leopoldo Lugones: la misma complejidad de la producción ha dañado a ambos an-

(1) Cateador, minero buscador de yacimientos.

(2) Rapa-Nui, nombre aborigen de la Isla de Pascua.

(3) Libro posterior o contemporáneo de las parábolas de Prado.

te los vulgos desatentos, que están acostumbrados a que un escritor les hable en una sola modulación y les muestre siempre un mismo perfil. Se pregunta el vulgo que tiene poca costumbre de abarcar una topografía literaria, leyendo el "Sarmiento" o el "Alsino": "¿Es un prosista?". Y cuando le sale al paso "El dorador" o "Las flores de cardo": "Entonces ¿es un poeta?"

Han trabajado estos escritores dentro de cada reino de prosa y verso con los mismos niveles de maestría, han mostrado una habilidad parecida a la de los ambidextros, y esta desenvoltura magistral tiene la culpa de que su personalidad se debilite para las gentes distraídas. Los que machacan la cantera sobre un solo punto se definen mejor por simplismo y han sabido, como los teólogos, las ventajas que tiene lo absoluto para el ojo de las criaturas... Su padre, Leonardo (1), de donde ellos vienen, conoció la tibieza de la admiración, por idéntico motivo, pero siguió, como quien no escucha, complaciendo a su naturaleza, que le pedía fluir a la vez por cuatro cauces y por más.

En Pedro Prado hallamos más homogeneidad de estilo que en Lugones, si pasamos de sus poemas a sus novelas. La prosa se mantiene sobria hasta con algunas sequedades en la sobriedad (excepto en el "Alsino", donde la brida se suelta); la pasión del vocabulario estético se sostiene sin desmayo, como una especie de voto religioso jurado al decoro de la lengua; la frecuentación del símbolo se guarda desde el primero al último libro, y el tono muy tocado de nobleza, como en Buffon, y que esquivo la familiaridad criolla, lo acompaña como una norma sin ningún quebranto.

Cierta insensibilidad le han achacado, allá donde se cree que la sensibilidad se

prueba solamente con la efusión y, un poco más todavía, con la plena sensualidad. Este es un sensible del intelecto más que de la piel, y el cerebro se afiebra de tarde en tarde. Aceptando aún el cargo de "cerebral", en su caso, habría que decir que, así como en Francia el intelectualismo vicioso de la poesía y la novela suele irritarnos, es grato hallar en nuestros pueblos una rica provisión de ideas, incluso en la poesía: tanto pecamos por la congestión cordial, de que habla Alfonso Reyes.

¿Lleva chilénidad consigo la obra de Prado, o bien ha rehusado esta deuda a los que pedimos con fuerza americanidad y más americanidad en este momento?

Creo yo que posee la chilénidad del temperamento y que se niega al criollismo en la lengua. Las dos cumplen: la chilénidad de Mariano Latorre y Marta Brunet busca reforzar con los vocablos criollos el asunto local; la de Prado se contenta con ser fiel a la raza en la manera de comportarse de la emoción que él siente y que da, genuinamente chilenas. Su ojo cordillerano, amigo de los

dibujos netos; y su mente sensata, ahijada de la razón, y esquivadora del frenesí, o gobernándose aún el frenesí como en el "Alsino", bien chilenos son. Pedir a todos un criollismo folklórico, y pedírselo especialmente a este aristócrata del estilo, resulta una exigencia un poco zonza y una ocurrencia de crítica aldeana.

Gabriela Mistral

Bedarrides (Avignon), mayo de 1932.

INDICE



ENTÉRESE Y ESCOJA

Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los Ingleses</i>	3.50
M. J. Bonn: <i>Prosperity Ascención y Caída de la Riqueza Americana</i>	3.50
Antonio Heras: <i>De la Vida Norteamericana. Impresiones Frívolas</i>	3.50
Benjamín Jarnés: <i>Viviana y Merlín. Leyenda</i>	3.00
Jaime Torres Bodet: <i>La Educación Sentimental</i>	3.00
Norberto de Araujo: <i>Amor del Humilde. Novela</i>	3.75
E. M. Remarque: <i>Después</i>	4.50
Benjamín Jarnés: <i>Zumalcárregui. El Caudillo Romántico</i>	3.75
Ramón Pérez de Ayala: <i>El Ombligo del Mundo. Novela</i>	3.75
Romain Rolland: <i>Mahatma Gandhi</i>	4.00
M. Pokrovski: <i>La Revolución Rusa. Historia de sus causas económicas</i>	5.00
José Ortega y Gasset: <i>La Redención de las Provincias y La Decencia Nacional. Artículos de 1927 y 1930</i>	3.75
F. Slang: <i>El Acorazado Potamkin</i>	5.00
Manuel Lezaeta Acharán: <i>Sífilis y Gonorrea</i>	1.50
Dr. P. Bartel: <i>Magnetismo Sexual. Nuestro Poder Magnético y el amor</i>	1.50
Ferrière: <i>Conferencias Pedagógicas</i>	3.00
<i>Código Civil Soviético. Traducción de Luis Adduard</i>	3.00
Alone: <i>Panorama de la Literatura Chilena durante el siglo XX</i>	3.50
Alexis Tolstoi: <i>El Secreto de los Rayos Infrarrojos. Novela</i>	3.75
N. Tokunaga: <i>La Calle sin Sol. (Novela de una huelga en el Japón)</i>	4.00
S. Agustín: <i>La Ciudad de Dios. 4 tomos</i>	12.00
Luis Joubin: <i>Metamorfosis de los animales marinos</i>	6.50
<i>El trabajo rojo. El nuevo obrero en la Unión Soviética. "Documentos vivos" por varios autores</i>	4.00
Gregorio López y Fuentes: <i>Campamento. Novela Mexicana</i>	3.50
Julián del Casal: <i>Selección de Poesías</i> ...	6.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

PERSIFLAGE

Este valle de lágrimas

= Colaboración directa =

Para don Arturo Mejía Nieto, agradeciéndole de corazón el envío de su preciosa novela *El tunco* y para expresarle admiración devota.

Hija de Tyfón (hija de Forcys, dicen otros, y la verdad de esto sólo, el Dios la sabe), Scylla fue amada de Glauco, divinidad del mar. Debe de haber sido bella la doncella. Me gusta imaginármela ancha de frente, con los ojos insondablemente oscuros, casi desmesuradamente separados. Finos y espesos sus cabellos, de color de caoba, caían lustrosos y undosos sobre la nuca recia, sobre la espaldas marmóreas,—una cabellera que hubiera deleitado a Giorgione y a Leonardo. Luego un cuerpo de pechos de base ancha pero no muy abultados, como, por ejemplo, los de la Venus dormida del veneciano que acabamos de decir. Y el vientre firme como quería Ronsard que lo tuviese la querida que deseaba; y las piernas más bien bastas que finas, piernas que, convertidas en perros, pudieron ser feroces. Las delgadísimas canillas de moda en las muchachas de San José no se transformarían sino en lebreles más decorativos que formidables. Y Glauco, su enamorado, debió de ser bello, ancho de espaldas, esbelto de caderas, todos sus músculos largos y sedosos, verde el ojo, sinuosa la sonrisa, fuerte la barbilla, tal, en fin, como para que sea cierto que Circe de sólo verle se cautivara de él.

Circe, hermana del rey de Cólquida, de la misma raza que Medea, era, como su prima que amó a Jasón, hechicera terrible. Más terrible todavía. Conocía el don de las yerbas. Sabía hacer filtros. Tenía habilidad extrahumana para destilar la reuma hecha luz de las estrellas flemáticas. Podía, con sus licores potentísimos, convertir hombres en cerdos y, antes de eso, enloquecerlos de amor, embriagarlos de lujuria. Cómo sería de terrible que su propio padre hubo de desterrarla a la isla aquella de por las costas de Italia donde, como todo el mundo sabe, la halló Ulises y le burló las mañas.

Scylla no quería amar a Glauco, y ni siquiera dejarse amar de él. Y Glauco, los ojos verdes suyos encendidos de esperanza, acudió a Circe. Y Circe, libidinosa a todas horas (¡Dios, qué indecencia de mujer!), se apasionó del mancebo al sólo verle. ¡Pobre Glauco! Los filtros que Circe le dio eran inocuos, por lo que no tuvo el inexperto joven empacho ninguno en decirles a quienes quisieran saber de ello que Circe no era sino una puta embustera, hacedora de bebedizos y pomadas que no servían para maldita la cosa. Tremenda se vuelve la mujer, inmortal lo mismo que mortal que sea, cuando la lujuria se le frustra; y si a esa causa de rabia añadimos la del insulto y la difamación, comprendemos los motivos de Circe para su atroz venganza.

Semanas y semanas no pensó en otra cosa. La luna, cuando, llena, aparecía roja a ras del horizonte, la vio jadeante desenterrar raíces misteriosas. ¡Embustera ella, eh? ¡Glauco vería! Pasó horas y horas, noches enteras, desnuda bajo el cielo, con los brazos abiertos y las manos ahuecadas hacia arriba, hasta

recoger dos lágrimas del lucero que forma la ponzoña del escorpión. El recetario de Circe se ha perdido. Lo que en Escasú se practica de su arte no tiene valor: Allí no dan más que yerbillas tontas para hacer mear fétido. En Honduras conocen el camotillo, pero eso sólo sirve para dar la muerte. En Bluefields de Nicaragua hechizan con plumas de pájaros, que es algo, pero en lo demás son burdos. En Puntarenas probé la marihuana de los mejicanos, tan elogiada de Valle-

Inclán, y eso sí que vale la pena. Es el cáñamo de la India, el haschisch de los turcos. Su sortilegio es indiscutible. Al tercer chupete del cigarrillo retorcido me brotaron alas en los pies y pude volar como Mercurio. La dosis no la calculé bien y a poco de alzarme en los aires, las alas se me hicieron serpientes menuditas, un sin fin de sierpecillas ponzoñosas, que me mordieron todo el cuerpo y me chuparon vacías las arterias. Circe debe de haber conocido esas hojas de verde vivísimo, y hojas de mayor poder aún. Hecho su terrible filtro de venganza, lo diluyó en la fuente azul—azul como el baño de Moctezuma que hay en el Bosque de Chapultepec, en la Gran Tenochtitlán—donde Scylla, confiadísimamente, solía bañarse al mediodía.

Scylla dejó sus ropas, como de costumbre, sobre la roca que un plátano sombreaba, y, tapándose lo que sonroja a las doncellas pudorosas, se fue metiendo en el agua castamente, sorprendiéndose apenas de que estuviese más tibia que jamás, y ya la linfa le daba a la cintura cuando obró el maleficio de Circe, ¡la maldita! Las piernas se le volvieron monstruos semejantes a perros de feroces fauces, fortísimos e incansables para ladrar. Así comenzó, hasta cumplirse su transformación entera. Se miró Scylla espantada y horrorizóse de verse sobre doce pies abominables y que tenía seis cabezas de fiera odiosa, cada una, con boca de tres filas de colmillos. Súbitamente enloqueció la desdichada y, loca, se arrojó al mar en aquella parte en que Sicilia se separa de Italia, donde, compadecidos de su dolor, los hados la convirtieron en insensible roca, peligroso lugar temido de los antiguos navegantes.

De la historia de Scylla no nos dicen más ni Homero el de la *Odisea*, ni el español (algunos dicen que alejandrino) Cayo Julio Higino, amigo de Ovidio, ni Ovidio, ni Pausanias el de la fabulosa *Historia de Grecia*. Los modernos dudan de la veracidad de esos autores. Chiquillos del Liceo, incrédulos precoces, se atreven a declarar que todo ello es pura babosada. ¡Si tendrán razón los condenados! Pero si no destruyeron a Scylla artes de Circe, entonces la destruyó la vida misma. Pues de que existió Scylla sería insensato dudar: Ahí está la roca que fue ella.

El mar recogió el grito de desesperación de la suicida,—el grito que dice lo horrible que es la vida, lo cruel, lo incompatible,—y, necio, no se cansa ja-

Coro del Edipo en Colono

= Versión de Salomón de la Selva para Rep. Am. =

Estrofa

¿Quién será quien anhele
largueza de sus días?
Discierno que le sirve
la insensatez de guía:
Que no por vivir mucho
los pesares evita:
¡Ya pisa sus talones
el dolor: La alegría
se aparta de sus ojos:
Llanto cegó su vista!
Tal es la recompensa
que da la lengua vida,
y al fin de todo, llega,—
a salvarnos de ruina,—
sin cantos de himeneo
ni alegre compañía,
la Muerte, última novia,
única compasiva.

Antiestrofa

La única envidiable
suerte que el sabio estima
es la del no engendrado,
y la tuya enseguida
que diste con la muerte
al tiempo que nacías!
La juventud, liviana,
en viento se disipa,
luego las penas llegan,
fatiga tras fatiga,
sin que una sola falte:
La discordia, la envidia,
la cólera, la lucha,
la espada que aniquila,
y la vejez al cabo
que repugnante miran
los amigos más íntimos
y la propia familia.

Epodo

Igual que a mí, a éste
la aflicción hizo víctima.
¿Han visto promontorio
cercado de las iras
del mar y la tormenta?
Así la frente altiva
de Edipo sufre azote:
El rayo le castiga
del dolor, y la ola
del vaho de la Erinya:
Para él no hay día hermano,
para él no hay noche amiga,
ni lo alumbra el oriente
ni occidente le alivia,
todo viento lo abate
con implacable inquina:
¡Su medianoche insomne,
negro su mediodía!

Sófocles

más de repetirlo. Por eso abandoné Puntarenas. La voz del mar me estaba haciendo daño. Y como no tenía para dónde correr, me vine a El General. Quiero que se me crea que no fue por mi gusto sino sólo porque solo aquí me ofrecieron hospitalidad, en este Rancho de la Chola de La Cruz.

El nombre, tan bonito, es en honor de la patrona. A la patrona tengo tiempo de conocerla. Yo la llamaba siempre el clavei moreno. De ella he hablado alguna vez. Creo que sí. Solíamos vernos en la casita de Gissing, por Heredia, cuando Heredia me era hospitalaria y yo vivía en Heredia. Al clavei moreno, las veladas, le leía en voz alta a Lecky y a Plotino, hasta dormirla, y mientras le leía me iba imaginando fantasías curiosas. Otras veces jugábamos hasta que se le encandilaban los ojillos. Creo que desperté en ella las ganas de casarse, y se casó el clavei moreno con el primero que le propuso matrimonio,—con el ñato Anselmo que desde que la conoció y se enamoró de ella dio en llamarla la chola de la cruz por una crucecita de oro que la chola lleva al cuello en una cadenita finita que no sé cómo no se ha reventado todavía.

Se casaron y el ñato la trajo a El General a estrenar este rancho nuevecito. El ñato es buen sujeto aunque algo dado a la meditación. Le iba bien, no recuerdo si en Guápiles o dónde,—pero creo que en Guápiles,—cuando le ocurrió su desgracia. Un cuchillo filoso y puntiagudo que tenía en la mano se le resbaló,—mientras altercaba acalorado y descuidado del fierro,—y se fue a meter en la barriga de un fulano usurero. Dijeron que un nica había cometido el crimen y, en efecto, persiguieron a un nica pobre pero no pendejo a quien no agarraron nunca. El ñato dijo que estaba con paludismo o reumatismo, y que se iba, y se fue. Se fue a El General. “Me juyí aquí”, me cuenta el ñato. Trabajando y trabajando se hizo su finca, se construyó su casita que él llama rancho, y entonces se fue al centro a conseguir esposa. Consiguió al clavei moreno. Maruxa, la de Gissing, fue madrina del casamiento, y yo el padrino. De ahí mi gran amistad con el ñato Anselmo. Ahora aquí estamos los tres, el ñato, la chola de la cruz, y yo.

De los dos ellos tengo lástima. Ya principiaba a ver cómo la vida afea cuanto soñamos bello. ¡La vida es la Circe verdadera! La tragedia la miran con ojos torpes, pero la miran. Sus corazones, simples, se rebelan ante lo irremisible. A veces, por la tarde, salgo a caballo con el ñato, y me habla con el alma ingenua suya patente en sus labios gruesos colorados. De mañanita, en cuanto no más se ha ido el marido a sus labores, la chola me viene a despertar y me trae el desayuno; se me sienta al borde de la cama y me descubre su corazón angustiado.

—La chola,—dice el ñato,—es desgraciada. ¡Putá vida!

Y la chola me dice:

—Yo soy mala, ¿sabe? Pues sépalo. Pero no quisiera ser mala. ¿Ud. me cree?

Y sí que la creo. Siente, la pobrecilla, lo que Scylla sintió cuando vio que la carne suya toda le ladraba.

La vida es la Circe verdadera. “Lo mejor es no haber nacido”, dice el ñato. “¡Achará el favor que me hizo mi madre con parirme!” exclama la chola, que es impetuosa. El labio superior le tiene sombreado de bozo oscuro. Es mujer brava. ¡Cómo se parecen estas voces a lo que dice el mar! Y a lo que dicen las voces hondas y eternas como la del mar. En las divinas letras se lee: “*Apéruit Job os suum, et maledixit diei suo, et locutus est: ¡Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Concebido ha sido un hombre... Guerra es la*

vida del hombre sobre la tierra... No detendré más mi boca, hablaré con la angustia de mi espíritu, conversaré con la amargura de mi alma”. Y Keholeth ha dicho: “Me fue fastidiosa mi vida, viendo cómo hay toda suerte de males bajo el sol, y que todas las cosas son vanidad y aflicción de espíritu... Por eso es una la muerte de los hombres, y de las bestias, e igual la condición de entreambos: Como muere el hombre, así también aquellas mueren... Vi las calumnias que pasan debajo del sol, y las lágrimas de los inocentes, y ningún consolador... Y alabé más a los muertos, que a los vivos: Y tuve por más feliz que el uno y que el otro, al que todavía no es nacido, ni ha visto los males que se hacen debajo del sol”. Y en Megara, a corto trecho—el aeroplano lo debe de hacer en poquísimas horas—de donde Keholeth cantaba, que era en Jerusalem, Theognis, uno o dos siglos antes, expresaba el mismo dolor: “Lo mejor”,—decía (425-428 Edición de Bergk)—“es no haber nacido; el no haber llegado jamás a ver la luz del sol; pero una vez nacido, lo es el franquear las puertas del infierno y acostarse en la tumba amasando la tierra sobre su cabeza”. Sófocles, en la oda más bella del *Edipo en Colono* (1), dijo el mismo pensamiento. Entre los nuestros, a Calderón, con ser cristiano y todo, la misma preocupación le hizo crear el más bello de sus dramas. En efecto, el cristianismo abandona por completo el ideal pagano de hacer amable la vida, de endulzarla, de alegrarla, de llenarla de júbilo. Acepta y subraya su amargura. “*We are born in others' pain, and perish in our own*”, decía el más grande de los poetas católicos modernos, el inglés Francis Thompson, y entre el dolor ajeno en que nacemos y el propio en que morimos, no hay sino duelo y aflicción. Darío gritaba esa amargura: “La vida es dura, amarga, y pesa”, por más que

le temiese con temor indio, y se preocupase de ella con preocupación española,—lo más español que hay en el mundo,—a la muerte. Y el argentino Arturo Capdevila, ayer no más, en su *Nocturno a Job* admirabilísimo, prorrumplía, de ese dolor, en quejas que nos hacen estremecernos. Hamlet no llora, pero siente eso mismo y ahoga en retórica el lacerante pensamiento como quien coloca envenenado puñal en funda de fastuosa pedrería. El comentador de Keholeth—cuyos comentarios se confunden en el texto canónico con el amargo y blasfemo cantar original—no niega esa verdad de la maldad de la vida, pero halla consuelo en que dos se junten: “Si uno cayere”, —dice,—“le sostendrá el otro. ¡Ay del solo! que cuando cayere, no tiene quien le levante. Y si durmieren dos juntos, se calentarán mutuamente: ¿Uno solo, cómo se calentará?” El mismo consuelo buscaba, reconociendo la ciega adversidad fundamental del mundo, Matthew Arnold, aquel proponente de dulzura y luz como bases de cultura (2). Y Bertrand Russell predica, en vista de que la vida nos es dura a todos y el universo nos es hostil, que nos tengamos mutua consideración, que no nos hagamos daño los unos a los otros, y en ello y en la contemplación serena de la tragedia humana, basa su religión del hombre libre (3).

En las cortas veladas de que disfrutamos en este rancho, les hablo de estas cosas a mis amigos, zumbándome en los oídos sus quejas como ruido de mar. ¡Ah, que ellos ven con torpeza, que sienten con rebeldía indómita! Afuera,

Playa de Dover

= Versión de Salomón de la Selva para Rep. Am. =

Calmo está el mar ahora; la marea subió a su límite; la luna yace, en la corriente del estrecho, hermosa: Brilla un instante en la costa francesa su luz, y luego muere; y las murallas, vastas y fulgurantes, de Inglaterra, dominan la quietud de la bahía. ¡Ven al balcón! ¡Qué dulce aire nocturno! Y sólo—de la línea de la espuma, larga, donde la playa enargentada se junta con el mar—¡oye! el rugido de guijarros que el tumbo arrastra, y tira, al regresar al mar, sobre la arena: Cómo el fragor se inicia, y cesa, y luego nuevamente comienza, cadencioso, trémulo y lento, y da la nota triste de la tristeza eterna.

Antaño Sófocles la captó en el cantar del mar Egeo, y en la marea turbia de la humana miseria meditó,—como nosotros que en este mar septentrional hallamos un pensamiento triste en esa nota.

El ponto de la fe también llegaba a su más alto flujo, y, como cinto de luminosos pliegues virginales a la tierra ceñía estrechamente: Hoy sólo escucho el largo y melancólico fragor de su reflujo, mientras sopla el viento de la noche, hasta que baja a los desnudos ámbitos del mundo.

¡Amada mía, el uno al otro firmes guardémonos la fe! porque la vida, que nos parece tierra de los sueños, tan variada y tan bella y tan flamante, ni amor, ni luz, ni verdadero goce sabe ni quiere dar, ni paz, ni alivio para el dolor, y estamos como en llano cuando ya oscureció, sobre el que soplan confusos ruidos de pelea y fuga, y donde, en la ceguera de la noche, ignorantes ejércitos se batan.

Matthew Arnold

(1) Véase la versión del coro del *Edipo en Colono*, en este número de *Repertorio*.

(2) Véase la versión de *Dóver Beach*, en este número de *Repertorio*.

(3) Véase la traducción de Salomón de la Selva del ensayo *A Freeman's Worship*, en el Vol. XXI Núm. 17 de *Repertorio Americano*.

los árboles, aún cuando no los menee el aire, cuchichean soñolientos, y hay uno demasiado cerca de la casa que parece, a veces, querer apartar las tejas con sus ramas y metérsenos por el techo, como quería aquel árbol de Robert Frost meterse por la ventana de casa trágica en la Nueva Inglaterra. Quisiera yo enseñarles mansedumbre a mis amigos. Quisiera enseñarles dulzura y luz. Mientras hablo, la chola juega, levantadas las manos hasta el cuello, con la crucecita de oro que allí lleva y que le ha dado su nuevo nombre. Yo se la di. Yo se la puse. No se la ha quitado desde entonces. ¡Lo recuerdo muy bien! La compré y se la puse, todo para tocarla. Tocarla me puso tembloroso. A ella se le encandilaron los

ojos. Mientras hablo, la chola juega con la crucecita como cuando era el clavel moreno. Me parece que el árbol algo ha sospechado. ¿Ha sospechado qué? ¿Y el ñato? El ñato juega con su cuchillo filoso y puntiagudo, pero nada sospecha. Mi predicación no le aburre, pero el sueño le reclama, y bosteza. Cuando hablo de que me voy—todos los días hago viaje: ¡Si tuviera a donde ir!—me dice que está bien, pero que vuelva pronto porque, desde que vine, “la chola se ha amansado”. Circe anda recogiendo yerbas, ¡la maldita!

Persiles

Rancho «La Chola de La Cruz»,
El General, Junio, 1932.

Estampas

De un lado los que llenan sólo un puño y del otro los que usan ambos

= Colaboración directa =

El desánimo se produce en muchos por un falso contraste de la vida. Cuando miran crecer al zafio y al pícaro, esto es, cuando los ven enriquecerse, ocupar posiciones elevadas, ser los que deciden de la suerte de multitud de negocios nacionales, reflexionan con cierta melancolía y les parece que han sido suplantados. Un contraste falso, porque si pretendemos ser diferentes a los que se imponen por el fraude, no debemos colocarnos en sus planos de lucha mezquina.

El crecimiento no lo da ese aparato que procura riquezas o posiciones. “Más vale—dice el Eclesiastés—el un puño lleno con descanso, que ambos puños llenos con trabajo y aflicción de espíritu”. Para llenar los dos puños desciende el hombre y la mujer a la vileza mayor. No hay sosiego reparador, ni consideración acerca de lo que es el decoro en la vida. Precisa atropellar y se atropella. Precisa simular y se simula. La presa no debe escaparse. Una vez atrapada no importa la naturaleza del rastro. Si hay cieno o sangre lo mismo da. El fin tras el cual se corría ha sido conseguido.

¡Los dos puños colmados después de una gran persecución! Pero mentira que termina con el derramarse por los cuencos apretados el botín, la codicia. El zafio y el pícaro no tienen punga paz. Padecen el azogamiento infernal de los condenados. Por esto acaparan cuanto posición pueden, por eso husmean sin cesar la moneda.

¿Hay entonces razón para desanimarse cuando el dinero y las posiciones son siempre presa fácil de los listos? Establézcase el contraste, pero no para sentirse infelices los que no son llamados a determinadas posiciones, los que no pueden medrar y hacerse ricos. Con la sabiduría del Eclesiastés debemos poner de un lado los que llenan sólo un puño y del otro los que usan ambos. Para unos hay serenidad de espíritu. Para otros trabajo y aflicción. No cabe

otra clasificación. Si estamos en el número de aquellos que prefieren cultivar su vida y darle sentido, cuando el contraste venga no será para desesperarnos. Nos dará la superioridad que tenemos sobre los otros.

Usando de esa superioridad podemos hacer lo que ni el zafio ni el listo harán nunca, esclavizados como están a fuerzas duras e inferiores. Somos de naturaleza diferente y movámonos donde nos movamos, encontramos siempre el descanso que da el usar sólo un puño con sabiduría. Comprendamos que no está el triunfo en lo que cree el acaparador de fortunas o de riquezas que es el triunfo.

INDICE



6 LIBROS QUE LE INTERESAN:

V. Bonch-Bruевич: <i>En los puestos de combate de la Revolución</i> (Crítica Social).	5.50
L. López de Mesa: <i>El libro de los apólogos</i>	3.00
Lucien Laurat: <i>La Acumulación del Capital según Rosa de Luxemburgo</i>	3.50
Luis Jiménez de Asúa: <i>Al Servicio de la Nueva Generación</i>	3.00
Alberto Thibaudet: <i>Amiel</i>	3.25
Armando Donoso: <i>Nuestros poetas. Antología Moderna</i> . Recopilación, prólogo y notas.....	6.00
Solicítese al Admor. del Rep. Am.	

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén

Robert, frente a Reimers.

Vivimos para luchar, pero no estúpidamente. Si nos dolemos de que no son las posiciones mejores las que ocupa el preparado, el honrado, y por ese mal nos desanimamos, daremos muestra de una gran flaqueza de espíritu. El empeño hay que ponerlo más que todo en redimirse de muchas miserias. La indiferencia nos acosa cuando hacemos abandono de la vigilancia sobre nuestra propia naturaleza. Si hemos de defendernos del arrebañamiento, el deber es no perder las pulsaciones con que late nuestra vida.

Queriendo trabajar por un país para que desarrolle su capacidad constructiva la vigilancia sobre esas pulsaciones tiene que aumentar. Sepámoslo bien para no exponernos al desánimo y a la indiferencia. Si hemos desentrañado capacidad de sacrificio, no capitularemos. Y sobre todo conservaremos ese sentimiento perfecto de la varonilidad que da severidad y perseverancia. Trabajar por un país es obra gigantesca. Pero supone anhelo en la conquista de un bienestar decoroso. Mientras no nos resignemos a hacer la vida miserable del hombre sin patria, tenemos que vigilar, que batallar. No hay esfuerzo en favor de una nación que se pierda. Una generación puede ser incomprensiva del pensamiento creador de quien sirve a su país, pero el fruto cuaja para otra generación. Lo terrible es el abandono de toda aspiración de mejoramiento. Es claro que en torno a la vida que lucha honradamente se abren abismos. Mas sabiéndolo no se sucumbe.

Podrían decir los que han luchado que nos entretenemos en teorizar, porque las realidades de la lucha son aterradoras. No tenemos la experiencia del luchador, es cierto. Quizá reflexionamos así para librarnos de los males en que el desánimo sume a los hombres. ¿Cómo, porque el zafio y el listo acaparan posiciones y hacienda, vamos a sentirnos inferiores a esa canalla? Llenemos sólo un puño, pero ese será el puño que no deje volverse ruina la vida. No establezcamos contraste con la suerte de los que han colmado ambos puños y siguen en la agonía de querer echar más botín al cuenco que se desborda. Si poseemos una superioridad innegable sobre ellos, aprovechémosla para la obra fecunda.

Confiemos en la transformación que impone el alma humana cuando lucha con visión. No importa que no veamos el fruto inmediato. No importa que sintamos la agresividad del páramo. Pero luchemos varonilmente. No habrá en nuestros espíritus aflicción. Lo permanente puede tardar en imponerse. Sin embargo le llega su tiempo. El mal parece todopoderoso y como está por todos los lados nos aterra. La sabiduría consiste en conocerlo y vencerlo. Si en decir estos pensamientos hay sólo afán de teorizar no será afán vano si logramos desentrañarnos fuerza que mate flaquezas propias, habremos limpiado nuestra vida para una lucha recia.

Juan del Camino

Costa Rica y julio de 1932.

Biblioteca Mínima Cubana

¿Qué obras debieran constituir la, de estar formada exclusivamente por diez volúmenes?

Opiniones de Elías Entralgo y Antonio Iraizoz

= De Cervantes, La Habana =

(Véase la entrega pasada)

He leído en la revista *Cervantes* la certera interpretación que Félix Lizaso ha dado a una feliz iniciativa de Alfonso Reyes, en la que el más sólido pragmatismo sirve de vehículo a la más noble idealidad.

Como se me señala entre los doce indicadores de los diez libros que deben constituir la Biblioteca Mínima Cubana, he tratado, antes de responder a la pregunta, de integrarme un criterio. Con sugerencias del propio artículo he llegado a formármelo. No es una colección de libros para el escritor regnícola, que si no los tiene corregidos y aumentados en su misma residencia, sabe al menos cuándo y dónde puede encontrarlos. No es tampoco una biblioteca para el cultivador extranjero que quiera ahondar singularmente en el alma de nuestro pueblo. Es para aquel transmisor o receptor de ideas a quien el punto cubano le interesa como parte de sus correrías, es para el viajero de fuera—y de dentro—que aspira a tener una visión panorámica de la vida autóctona.

Ese tipo cultural o intelectual no busca (y estamos frente a un caso de irónica paradoja) los mejores autores sino los mejores libros.

Para su intento creo que no significarían tanto el genial Martí, los sabios Poe y Finlay, el erudito Saco, los filósofos Varela, Luz Caballero y Varona, la literata Avellaneda, los líricos Heredia, Luaces, Milanés, Zenea y Casal, los humanistas Delmonte y Aramburo, el crítico Piñeyro, los elocuentes Tristán de Jesús, Medina, Sanguily, Giberga, Montoro y Bustamente, como la selección de obras que paso a enumerar y razonar.

1. Ese lector o autor dirigirá sobre Cuba una mirada biológica. Podrá cerrar sus ojos, satisfecho, cuando haya leído *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba*, por Miguel Rodríguez Ferrer.

2. Inquirirá los aportes típicos de la lengua cubiche al idioma castellano, y encontrará la más amplia respuesta en el *Vocabulario Cubano* recogido por Constantino Suárez.

3. Querrá conocer sobre qué bases se ha estructurado la economía de esta Isla. A falta de un estudio integral habría que recomendarle el *Bosquejo económico-político de la Isla de Cuba* escrito por Morente, al cual podría añadirse como apéndice *El Latifundismo en la Economía Cubana* por Raúl Maestri.

4. Deseará auscultar el corazón de este pueblo para sentir sus latidos religiosos. En ausencia de un trabajo definitivo sobre las derivaciones supersticiosas, debe apuntarse la presencia del que

Correspondo a su gentil invitación de la Revista «Cervantes». ¿Qué libros debían constituir la Biblioteca Mínima Cubana, compuesta por diez volúmenes exclusivamente?

Aquí va mi lista:

- I.—Las poesías de José María Heredia.
- II.—El teatro, seleccionado, de Gertrudis Gómez de Avellaneda.
- III.—Los Papeles Políticos de José Antonio Saco, principalmente los de su polémica sobre la anexión de Cuba a los E. U.
- IV.—La novela *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, a pesar de su epílogo atropellado.
- V.—*Biografías Americanas*, de Enrique Piñeyro.
- VI.—Los *Discursos y Conferencias*, de Manuel Sanguily.
- VII.—*Nuestra América*, de José Martí.
- VIII.—Las poesías de Julián del Casal.
- IX.—Los estudios cervantinos de José de Armas y Cárdenas.
- X.—*Con el eslabón*, de Enrique José Varona.

¿Debo explicarle los motivos de esta síntesis? Sería algo prolijo. Está de acuerdo con mi criterio y con mis preferencias. Y aparte de que sean diez nombres consagrados en la evolución de nuestra cultura, la diversidad de géneros, daría una idea bastante cabal de lo que hemos aspirado, a través de una centuria de esfuerzos, y de lo que han podido lograr nuestras mejores inteligencias.

Antonio Iraizoz

contiene las más importantes: *Los Negros Brujos* de Fernando Ortiz.

5. Le intrigarán las grandes directrices de la sociedad cubana. No tenemos

INDICE



12 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Enrique José Varona: <i>Violetas y Ortigas</i> ...	3.25
<i>Epistolario entre Carlyle y Emerson</i> .	
Traducción de Luis Terán.....	4.25
Jaime Torres Bodet: <i>Destierro</i>	3.50
Carlos Marx: <i>El Capital. Crítica de la Economía Política</i> . Pasta.....	30.00
Josef Kallinikow: <i>Mujeres y Frailes</i>	9.00
<i>Memorias del cura Gapon</i> . Traducción de Andrés Nin.....	4.25
José Asunción Silva: <i>Poesías</i> . Edición definitiva.....	4.00
G. Grinko: <i>El Plan Quinquenal de los Soviets</i>	4.00
Fernando González: <i>Viaje a Ple</i>	5.00
Gabriel Miró: <i>Figuras de la Pasión del Señor</i>	3.50
Elías Erenburg: <i>La Callejuela de Moscú</i> . Novela.....	3.75
E. J. Dillon: <i>La Rusia de hoy y la de ayer</i> . Pasta.....	14.00

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

tampoco un esfuerzo que las agrupe científicamente. (En tal empeño me afaño hace una década y muy pronto daré a conocer los primeros frutos de mis observaciones y lecturas). Sólo le será factible investigarlas en su aspecto folklórico a través de la colección de artículos *Tipos y costumbres de la Isla de Cuba por los mejores autores de este género* que, con introducción de Bachiller y Morales e ilustraciones de Landaluze, se editó por Miguel de Villa en enero de 1881.

6 y 7. Le preocuparán las caudalosas corrientes del proceso histórico-político que ha sufrido la nacionalidad cubana. Se encontraría entonces perdido en el mare magno de una producción tan copiosa como dispersa, y acabaría orientándose en el período colonial por la síntesis más completa: el *Ensayo Histórico de la Isla de Cuba* de Jacobo de la Pezuela, y en el revolucionario por el análisis más documentado: *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, de Vidal Morales.

8. Le inquietará la evolución del pensamiento filosófico en esta tierra tropical. En este sector habría que ofrecerle un volumen de estudios complementarios, en el cual entrarían el discurso inaugural de José Manuel Mestre en el año 1862, los trabajos de Zambrana y Bonilla San Martín sobre el Padre Varela, los artículos acerca de Luz Caballero y Varela publicados por mesieur Guardia en la *Revue Philosophique*, los párrafos en que Menéndez y Pelayo se refiere a Luz en la *Historia de los Heterodoxos Españoles* y los capítulos que a la labor filosófica de Varona dedica el señor Vitier en el folleto consagrado a su personalidad.

9 y 10. Le gustará saber cómo ha decursado la imaginación del *homo cubensis* por los predios estéticos. En cuanto a la fase literaria resolveríamos, en gran parte, el problema ofreciéndole la obra póstuma de Aurelio Mitjans: *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*. Por lo que respecta a las modalidades pictórica, escultórica, musical y arquitectónica la dificultad es mayor por la carencia de publicaciones coherentes. Sólo podríamos atajarla reuniendo en un volumen los datos y juicios de Serafín Ramírez, de Eduardo Sánchez de Fuentes y de Jorge Mañach.

Así correspondo a esta indagación generosa y útil, que viene a palpar muy oportunamente en estos días mortecinos para la vida de nuestra cultura. ¡Ojalá llegue a su éxito final mediante la acogida de un editor comprensivo y laborioso!

Elías Entralgo

“El Capital” en castellano

= De Carteles. La Habana =

Acaba de editarse por primera vez en castellano la obra más famosa de la época contemporánea: **El Capital**, de Carlos Marx.

Sólo extractos o resúmenes habían sido editados en nuestro idioma hasta ahora o acotaciones y comentarios a algunos de sus tomos, y hace años, un socialista argentino, el señor Justo, inició la publicación completa, pero circunstancias imprevistas le impidieron terminar su empresa, no viendo la luz más que el primer tomo, completamente agotado.

Cábele la gloria de haber realizado totalmente esta labor extraordinaria al catedrático de la Universidad de Sevilla, Don Manuel Pedroso, que después de tres años de trabajo ha terminado la traducción íntegra de **El Capital**. La casa editora madrileña de M. Aguilar, la ha lanzado ya al mercado en un tomo de 1612 páginas, tamaño 24 por 17, a pesar de lo cual, por la calidad del papel y lo legible de la impresión, resulta un libro fácil y cómodamente manejable.

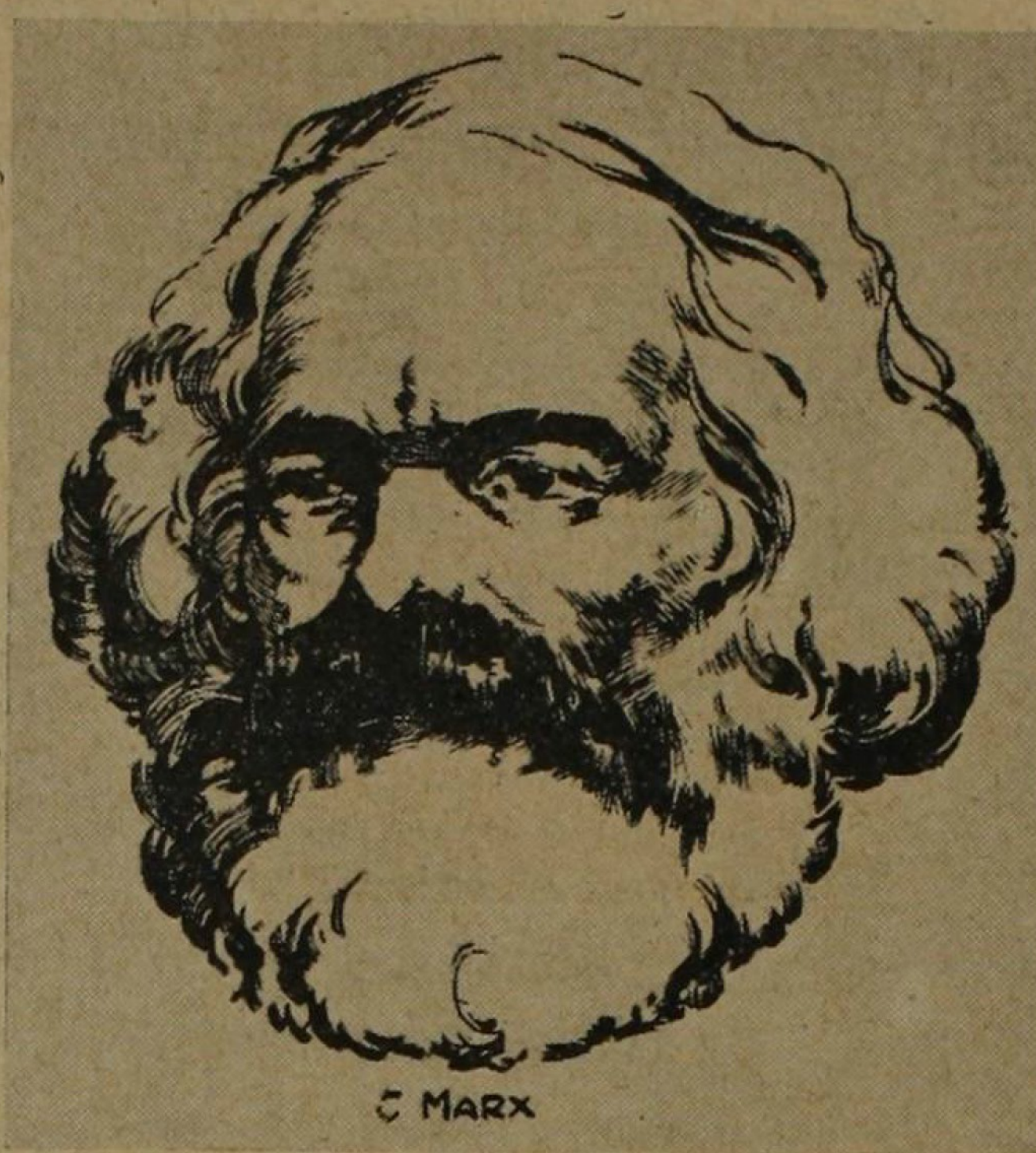
Esta primera edición española de **El Capital. Crítica de la Economía Política**, está traducida de la última edición alemana, y comprende los dos prólogos de Carlos Marx, de 1867 y 1873, escritos para la primera y segunda edición; y los dos prólogos, posteriores a la muerte del grande hombre, ocurrida el 14 de marzo de 1883, que escribió su amigo, compañero y colaborador inseparable Friedrich Engels, en 1883 y 1890, para la tercera y cuarta edición.

Tres son los libros de que consta **El Capital**, dividido cada uno de ellos en varias secciones, cuyos contenidos apuntaremos aquí por considerarlo útil información ya que son pocos los que en nuestra tierra han leído y estudiado íntegramente esta obra monumental.

En el libro primero analiza y critica su autor el proceso de la producción, en siete secciones que tratan respectivamente de la mercancía y el dinero, de la transformación del dinero en capital, de la producción de la plusvalía absoluta, de la producción de la plusvalía relativa, de la producción de la supervalía absoluta y de la plusvalía relativa, del salario y del proceso de acumulación del capital.

En el libro segundo se expone y estudia el proceso de circulación del capital, descomponiéndose tema tan amplio en tres secciones: la metamorfosis del capital y su ciclo, la rotación del capital y la producción y la circulación del capital social en su totalidad.

Por último, el libro tercero, está dedicado al proceso total de la producción capitalista, dividido a su vez en estas siete secciones: la transformación de la plusvalía en beneficio y de la cuota de la plusvalía en cuota de beneficio, transformación del beneficio medio, ley de la baja tendenciosa de la cuota de benefi-



cio, transformación del capital mercancía y del capital-dinero en capital comercial mercancía y capital comercial dinero (capital comercial), división del beneficio en interés y ganancia del empresario (el capital a interés), transformación del superbeneficio en renta de la tierra, y los “revenues” y sus fuentes.

¿Cómo y cuándo escribió Carlos Marx su obra más famosa y trascendental?

En un libro notabilísimo, recientemente traducido también al castellano, **Carlos Marx. Historia de su vida**, por Franz Mehring, la más completa biografía del genial político, economista y revolucionario, Mehring refiere en el capítulo dedicado a **El Capital** cómo y cuándo fué escrito, antes de analizar detalladamente su contenido. Y bajo el subtítulo de “Los dolores del parto”, nos va relatando el laborioso proceso del alumbramiento de esta obra.

El mismo Marx declara en el prólogo a la primera edición que el primer tomo de **El Capital** es la continuación de su **Crítica de la Economía Política**, escrita en 1859, interrumpida repetidamente por una prolongada enfermedad. El contenido, ampliado y aclarado en muchos puntos de aquel libro, está resumido en el primer capítulo de **El Capital**.

Desde el 1º de enero de 1866 venía empeñado en la tarea de revisar y poner en limpio el primer volumen de la obra, negándose, dice Mehring, “a tomar parte en las tareas del Congreso de Ginebra, por cicer que era de más interés para la causa obrera que terminase su obra fundamental. Hasta entonces no creía haberse ocupado más que de pequeños negocios”.

El parto laborioso de esta obra duró como su biógrafo expresa “casi el doble de años de lo que en meses exige la fisiología para traer al mundo a un ser humano”. Plazos y más plazos daba Marx para terminarla. En 1851 creyó concluirla “en cinco semanas”, y en 1859, afirmaba que “en seis semanas”. Pero

no fué hasta fines de 1865 que terminó el gigantesco manuscrito original, “que nadie fuera de él mismo, ni el propio Engels, hubiera podido editar”, manuscrito sobre el que ya había realizado las incontables enmiendas, adiciones y transformaciones a que le llevaban su afán crítico inexorable y aquella incomparable escrupulosidad de conciencia, que le acuciaba incesantemente a nuevas investigaciones, y contra la que nada podían ni las amonestaciones incesantes de su más caro amigo”.

Y sobre ese manuscrito modeló, desde enero de 1866 hasta marzo de 1867, el primer volumen de **El Capital**, teniendo que luchar en esos primeros meses de abrumador trabajo de revisión y redacción con los inconvenientes y obstáculos de repetidas y algunas graves enfermedades y con la labor preparatoria de la Primera Internacional.

En noviembre de 1866 envió al editor hamburgués Otto Meissner las primeras cuartillas y en abril de 1867 personalmente le llevó el resto de la obra, que debía imprimirse en Leipzig. En espera de las pruebas pasó unas cuantas semanas en Hannover en casa de su amigo Kugelmann, semanas que él contaba “entre los más hermosos y agradables oasis en el desierto de la vida”.

Fué en ese tiempo, y contestando una carta de Engels, que Marx le dice a su amigo del alma, refiriéndose a **El Capital**: “Sin ti jamás hubiera podido llevar a término mi obra, y te aseguro que siempre me pesaba sobre la conciencia como una pesadilla el ver que tenía que disipar en el comercio y dejar anquilosarse por mi causa, principalmente tus magníficas energías, obligado encima a compartir como propias todas mis pequeñas calamidades”.

De Hannover se trasladó Marx a Londres, y el 16 de agosto de 1867 terminó la corrección de las pruebas y dió la orden de tirar el último pliego (el 49) de la obra. A las 2 de la mañana de ese día, al comunicarle la grata nueva a Engels, le escribió: “Este tomo está, por tanto, listo. Y esto ha sido posible gracias a ti. Sin lo que tú te sacrificaste por mí, jamás hubiera podido realizar los inmensos trabajos para los tres volúmenes. Te abrazo lleno de agradecimiento. ¡Salud, amigo mío, mi caro amigo!”

Al escribir el 25 de septiembre de 1867, el prólogo de la primera edición de este primer tomo de **El Capital**, Marx anunciaba las materias contentivas de los tres tomos siguientes de que se compondría la obra, así como que acogería como bienvenida toda crítica científica, pero que, “frente a los prejuicios de la llamada opinión pública me gobernaré, ahora y siempre, por aquella sentencia del gran florentino: *Segui il tuo corso, e lascia dir le genti!*”

(Pasa a la página siguiente)

Poesías de Pilar Laña Santillana

= Envío, de la autora =

MEDIODIA

Oro y azul la floresta.
Claror y brillo de nube
y un vago sopor que sube
y sube y ahoga... y esta
modorra que llevo a cuesta,
cual su concha el caracol.
¡Qué sueño! Arrulla la orquesta
de moscardones al sol.
Pereza se manifiesta
en su canto en lá bemol.
Oro y azul la floresta,
claror y brillo de nube
y cada pedrón proyecta,
en sepia, un cono de sombra
sobre los cerros en siesta...
¡Qué sueño! Arrulla la orquesta
de moscardones al sol...

Chosica, 1924.

MAS ALLA

La distancia me llama
y su voz engañosa me asegura
que en la incansable vibración del alma
encontraré mi paz.
Partir, partir, partir...
y quisiera arrojar al espacio
y perderme en las nubes y atravesar el mar.
Vertiginosidad de tanto anhelo,
obsesión de distancia,
ansia de vuelo.
¡Fuego de juventud!
La distancia me llama
y su lejana voz casi me ahoga.
Mas, ¿para qué partir, si sé que toda
la horizontalidad del horizonte
es poco espacio para mi inquietud!

HORAS MUERTAS

Los esqueletos de mis horas muertas
penosamente rondan en mi estancia,



vienen y van y giran tumultuosos
y sus voces son salmos sin palabras
que el algodón del tiempo aún no ahoga.

Los esqueletos de mis horas muertas
llegan a mi silencio, innumerables
y crecen tanto y tanto que no caben

en la estancia de lóbregas auroras
que ni la luz aclara o tornasola.

Esqueletos de mis horas muertas
que no puedo arrojar, porque me siguen
y su ronda me envuelve y me marea
y jamás me abandonan aunque quiera
huir de mí y perderme de mí misma.

Esqueletos de mis horas muertas
que no se cansan nunca de rondar,
infatigables compañeros viejos
jamás encontraré manos piadosas
que sin piedad los lleven a enterrar.

PRIMAVERAL

"Volveremos—dijiste—volveremos
a este mismo rincón,
cuando la primavera haga el milagro
de las frutas jugosas y las rosas en flor".
"Volveremos"—dijiste—y tus palabras
se trenzaron al viento
que el vuelo de los pájaros quebró.
Todo era yermo, pero mi alegría
esa tarde, como un botón se abrió...

...
Hoy he vuelto al rincón de esos recuerdos...
"Volveremos"—dijiste—y sola estoy.
La primavera generosamente
los pámpanos de rojo ya vistió,
las espigas están, como mis ojos,
grávidas y plateadas de emoción,
palpitan de color las amapolas
y jubilosos juegan
en la tarde
los celajes bermejos.
La primavera ha hecho ya el milagro
que deseaban tus ojos
¡y tú... estás tan lejos!...

Pilar Laña Santillana

Directora de la interesante revista Social, de Lima

(Viene de la página anterior)

En el prólogo escrito el 24 de enero de 1873, de la segunda edición del primer tomo, Marx recoge y comenta algunas de esas críticas, aclarando algunos conceptos del libro y ratificando otros.

La tercera edición del primer tomo, apareció ya muerto Marx, editada bajo la dirección de Engels.

Este en el prólogo, fechado en Londres en 7 de noviembre de 1883, expresa que después de la muerte de aquél, "sobre mí ligado a Marx por una amistad de cuarenta años, y que pierdo en él al más firmísimo amigo, a quien debía más que la palabra no alcanza a expresar, recae la obligación, no sólo de cuidar de esta tercera edición, sino de preparar los manuscritos que dejó para formar un segundo". Y explica que la primera parte de esta labor la ha realizado teniendo en cuenta las enmiendas del propio Marx y las indicaciones expresas que le hizo y que él exactamente ha cumplido, asegurando que "en esta tercera edición no se ha alterado ni una sola palabra que no supiera yo con certeza que el autor mismo hubiera variado". Y anunciaba la publicación para 1884 del segundo tomo. Pero no fué hasta 1885, que Engels pudo cumplir su promesa, después de realizar la improbable labor de ordenar, dándole cohesión, sin alterar el pensamiento de Marx, los originales que éste dejó, ateniéndose todo

lo posible a los mismos, no obstante el encargo expreso de aquél a su hija Eleonora, poco antes de morir, de que Engels en esos materiales de su libro segundo "debía hacer algo". Engels explica minuciosamente la labor que realizó con su escrupulosidad de hombre de ciencia y amigo ejemplar celoso de la gloria de Marx.

El libro tercero, publicado también por Engels, vió la luz en 1894, habiendo salido antes, en 1890, la cuarta edición del libro primero. El trabajo lo ejecutó entre las dificultades de una penosa enfermedad de la vista, y labores editoriales y de propaganda. No fué menos cuidadoso, no obstante ello, que lo había sido en la edición de los anteriores libros.

Refiriéndose al segundo y tercer libro de *El Capital*, dice Rosa Luxemburgo, al encomiar a Engels por sus trabajos de preparación editorial de los mismos que fué "un trabajo verdaderamente imponente" pues "tratábase de copias, extractos, notas, capítulos enteros ya terminados y observaciones rápidas, hechas de pasada, como suelen hacerlas los investigadores para su uso e inteligencia personal". Y aquella admirable mujer, gran talento y gran corazón, mártir de los ideales a los que consagró y ofrendó su vida, agrega: "Todas estas razones explican por qué a los volúmenes segundo y tercero de *El Capital* no de-

bemos ir a buscar una solución ultimada y definida de todos los problemas fundamentales de la Economía Política, sino en parte, al menos, un simple planteamiento de esos problemas, con orientaciones y puntos de vista acerca del camino en que nos debemos situar para buscarles solución".

Y, en certero y sintético juicio, fija Rosa Luxemburgo la verdadera importancia y significación que hoy en día tiene *El Capital*:

"La obra fundamental de Marx—dice—como su ideología toda, no es ningún evangelio en que se nos brinden verdades de última instancia, acabadas y perennes, sino manantial inagotable de sugerencias para seguir trabajando con la inteligencia, para seguir investigando y luchando por la verdad".

Y agrega que en esos dos últimos volúmenes de *El Capital* yacen "tesoros de agudas sugerencias y profundos pensamientos capaces de remover la mente de los obreros ilustrados, esperando la mano que los divulgue", terminando: "Inacabados como quedaron, estos dos tomos encierran valores infinitamente más preciosos que cualquier verdad definitiva y perfecta: el acicate para la labor del pensamiento, y ese análisis crítico y de enjuiciamiento de las propias ideas, que es lo que hay de más genuino en la teoría que nos ha legado Carlos Marx".

Enrique Alejandro de Hermann

Rumbo a Goethe

= De Sur. Buenos Aires =

(Véase la entrega anterior)

II. — Unas notas

5.—En las conversaciones de un hombre, a lo largo de los años, las cuestiones se presentan bajo muchos aspectos y, como lo reconocía el mismo Eckermann, no es extraño encontrar juicios contradictorios. De todos modos, tampoco es difícil descubrir las notas dominantes y atenerse a las declaraciones que no dejan lugar a duda.—Creo que Goethe concebía la cultura como un proceso de crecimiento biológico, de diferenciación e integración paulatina entre las nociones, partiendo de aquel rudimento o célula inicial que veía bullir en todos los orígenes de la vida. Por eso se queja de que el crecimiento de la cultura alemana en los últimos cincuenta años obligue a los jóvenes a un exceso de preparación que puede estropear el desarrollo armonioso de su mente. Y añade con una malicia oriental: "Cuando yo tenía diez y ocho años, Alemania tenía también diez y ocho años, y podía hacerse alguna cosa..." (Eck. 15-II-1824). En igual sentido, censura los programas académicos cargados de estudios excesivos e inútiles. A los futuros médicos, a quienes antes sólo se exigía la aplicación terapéutica de los vegetales, se les obliga ahora a ser verdaderos químicos y botánicos, con detrimento del arte de curar. (Eck. - II - 1824). Tal opinión, en el botánico, en el enciclopédico Goethe, revela al hombre de sentido práctico. Sabe que no todos han nacido para ser sabios, ni conviene a la sociedad que todos se consagren a la pura investigación. Pero reconoce también que el futuro investigador debe comenzar por los rudimentos, y dejar posarse en su conciencia cada nuevo estrato adquirido. Así hizo él su propia cultura, disponiendo generosamente del tiempo. Artículo primero de la educación del sabio, en Goethe: ante todo, vivirás no menos de ochenta años,—y con buena salud.—Y luego viene la adquisición incesante de nuevos conocimientos, cada uno de los cuales se enlaza con los anteriores, esforzándose visiblemente por no expulsar a ninguno. A fuerza de ejercicio, el volatinero se burla del espacio y sus leyes. ¿Qué no hará con su alma el estudioso! Nuestra Sor Juana Inés de la Cruz, gran estudiosa y hasta estudiosa en rebeldía contra la autoridad monástica que le arrebatara sus libros, dice muy bien que unos estudios alimentan a otros y el cultivo de una disciplina particular ayuda de modo inesperado para entrar en otras disciplinas. En la esgrima del florete, tan convencional y tan de salón, se adquiere el sentido de las líneas de ataque y las zonas de defensa para toda clase de encuentros. Se juntan en el espíritu los haces venidos de todos los rumbos, porque unos abren sitio a los otros. Representación del mundo tan plena que religión, filosofía, ciencia, poética y artes plásticas se suman en un solo rayo de luz para ilumi-

nar la frente de Goethe. Y así, el que quiere que la juventud comience apenas con su poquillo de griego y su poco más de latín, hace de su casa, más allá de los setenta años, un instituto enciclopédico viviente, como decía Sainte-Beuve. Allí, entre lo excelente y lo aceptable, unas veces en la sala de Urbino y otras en el salón de Juno, se discute de filosofía y helenismo con Riemer, de artes plásticas con Meyer, de música con Zelter, de ciencias sociales con el canciller Muller, de historia natural con Martius o Sternberg, de dialéctica con Hegel, de filología con Wolf, de viajes con Humboldt. Todas las dimensiones se combinan y se componen buscando la norma universal de la esfera.

6.—Goethe no cae necesariamente en la especialización, aunque está a la altura de ella. Su oficio es el ser intelectual, el más universal que existe, el de buen entendedor del alma y su contenido, el de maestro. ¿No hablaba él de esos "seres colectivos", llamados a dar unidad a todas las impresiones que reciben del mundo externo, a todas las experiencias que hacen sobre la naturaleza y la humanidad? Si mucho abarca, moralmente hablando, mucho aprieta. Ha contado, para su alquimia, con el mejor ingrediente que es el tiempo: como las estrellas—decía él—"sin prisa y sin descanso". Si se equivoca alguna vez en las ciencias particulares, también los especialistas se equivocan. En materia de óptica, por ejemplo, confundió la luz física—de que no quería saber nada—la luz antes del ojo, la luz como vibración de energías reducibles a cifra, con la luz biológica, la luz como sensación en el ojo. "Si Goethe, en su teoría de los colores, se hubiese limitado a la psicología de los matices, que sabe describir con sutileza y precisión encantadoras—dice Reichenbach—nada tendríamos que objetarle". Pero rebasó los límites de su método al irrumpir, con las armas de la psicología descriptiva, en el terreno de la física seca.

Su imitación, sin su grandeza, hoy que cada ciencia particular tiene ya su casa propia y familia aparte, puede arrastrar a nuestros líricos a pintorescos errores. Alemania no tiene ya diez y ocho años. No es fácil, en nuestros días, juntar tantas ciencias a domicilio. De Goethe acá, el problema de la digestión del conocimiento se complica en progresión geométrica. Para nosotros, los verdaderos extremos de la educación consisten precisamente en investigar y descubrir otra vez donde está lo esencial, entre la maraña creciente de las ciencias particulares, y en dar camino después a todas las vocaciones posibles, sin que se desequilibre en la sociedad la justa proporción entre los especialistas—que hoy por hoy deben ser heroicos hasta la mutilación—y los que mantienen el nivel

medio de conocimientos generales. A pesar de las máquinas auxiliares, sistemas de referencias y anotaciones, fichas y demás procedimientos para conservar, fuera del cerebro y sin cargarlo, el caudal ya adquirido en cada ramo científico, hay quien desespere de la resistencia del espíritu ante esta proliferación creciente. Se dice, entonces, que es tan lamentable como inevitable el abandono inconsciente de una parte de la cultura, y que el olvido y la pérdida son también fuerzas positivas en la evolución de la humanidad. Triste visión de nuestra época que contrastamos, envidiosos, con el espectáculo de la integridad goethiana. Una juventud que partiera a la vida con este convencimiento previo de su derrota, con esta bochornosa aceptación de su ineptitud para administrar su herencia ¿no estaría arruinada de antemano? La confianza de Goethe, su aplomo y su despejo en mitad de la naturaleza pueden sernos de mucho estímulo.

7.—De acuerdo con este sistema de educación por crecimiento, partiendo de lo menor y más particular, debe interpretarse también la teoría goethiana sobre la formación del artista literario. Con vivo empeño recomienda al joven que se adiestre en las pequeñas experiencias diarias y deje para más adelante los grandes asuntos, pena de hacerlos abortar o de vivir doblegado bajo un peso que lo privará de su agilidad natural y hasta de la alegría del trabajo. (Eck., 18-IX-1823). Insiste en que lo particular es la vida del arte (Eck., 29-X-1823). Lamenta que Schiller se embarazara con sistemas y especulaciones abstractas (Eck. 14-XI-1823 y 14-IV-1824). Reconoce que el defecto de los poetas jóvenes está en su exceso de subjetivismo, puesto que la personalidad subjetiva del joven no puede ser por sí misma lo bastante jugosa; y predica, como remedio a este mal, el asomarse a los objetos y acostumbrarse a buscar y tratar asuntos, aun cuando ellos repugnen a la propia subjetividad. (Eck., 24 - XI - 1824). Finalmente, clama contra la dispersión a que obliga el comprometerse a hacer regularmente reseñas y revistas literarias cuando aún no se ha tenido tiempo de meditar en la historia de toda una cultura nacional. "El hombre de talento—añade—cree que le es dable hacer lo que ve hacer a los demás. No hay tal: pronto se arrepentirá de sus esfuerzos baldíos" (Eck., 3 - XII - 1824). ¡Lástima del tiempo que Schiller y él perdieron en las Horas y en el Almanaque de las Musas! Dejemos esta dispersión a los que no tienen una crisálida que cuidar. Hágase el poeta con estudio y con tacto, y no se crea autorizado a los despilfarros ni a la osadía del ignorante.—¿Queréis el mejor epempro de la monstruosidad juvenil? Acordaos de aquel adolescente que escribió a Goethe

una carta preguntándole, sencillamente, qué se proponía hacer con el segundo **Fausto**, porque él, por su parte, desde su irresponsabilidad candorosa, había concebido el proyecto de continuar el poema a su modo! No le hubiera sorprendido más al juicioso Eckermann un muchacho que se ofreciera a continuar las conquistas de Napoleón o a terminar la catedral de Colonia. Y todavía la catedral—reflexiona— puede entenderse matemáticamente, está ante nuestros ojos, cabe asirla con nuestras manos; pero ¿el **Fausto**? (Eck., 20 - V - 1825).

"Yo siempre he considerado mi obra simbólicamente y, en el fondo, me era lo mismo hacer cucharas que cucharillas".— Eck., 2 - V - 1824.—Trad. J. Pérez Bances.

8.—Según Brachfeld, José Ortega y Gasset, en una conversación de 1929, dijo más o menos lo siguiente:—Goethe, envuelto en su albornoz blanco, tendido sobre la colina, contempla la campiña romana y las ruinas clásicas. Entre tanta cosa bien ordenada y frágil, Goethe aparece como el germánico pesado y difícil, apto para dominar la materia (la ciencia) al igual de todos los de su raza, y al igual de ellos, torpe en el dominio de la forma (el arte). La forma, la forma pura—la ambrosía—es el alimento de los dioses, pero los mortales no lo resisten y siempre lo enturbian de materia. Goethe, como alguna vez sintió Barrés, sería, en el paisaje latino, el elefante blanco, casi el buey en cristalería. El esfuerzo del hombre por perfeccionarse a sí mismo le interesaría más a Ortega y Gasset que los resultados obtenidos por el poeta. Y tal punto de vista—siempre según el testimonio de Brachfeld—sería el punto de vista de los latinos. (No es el de Sainte - Beuve, no es el de Croce).—Antes de recoger definitivamente estos juicios, donde Brachfeld al hacer recuerdos de más de dos años atrás puede haber puesto de su minerva, esperemos a que José Ortega y Gasset hable por sí mismo, en el estudio ofrecido para la **Neue Rundschau**. Lo que él nos diga será, mucho más que la opinión de los historiadores literarios, el mejor indicio del pensamiento contemporáneo con respecto a Goethe.

En todo caso, algunos han insinuado y otros han dicho expresamente que, en Goethe, el árbol vale más que los frutos, la persona más que la obra. Esto nada quitaría al valor de la obra en sí. Es una manera de reconocer que, además de tener las perlas, tenemos el hilo para rehacer toda la sarta. Ni es frecuente conocer al autor tan de cerca como conocemos a Goethe, gracias a sus propios esfuerzos de expresión, ni es frecuente que las obras revelen tan fielmente las fases en el desenvolvimiento de un autor. Goethe escribía las reacciones de su pensamiento todos los días. (Entiendo que todas las mañanas: lo que él llamaba la crema del día—no importándole que lo demás se torciera en queso). Después, aquella palpación, aquella estampa de su mente, se iba repartiendo en distintos libros; de donde

se explica la cantidad de fragmentos y bocetos que nos ha dejado.—Aún se ha dicho que apreciaríamos mejor la obra si conociéramos menos al hombre. Por un error de perspectiva, la poca costumbre que tenemos de ver al autor tan cerca de la obra nos hace suspirar por el conocimiento imperfecto a que estamos habituados. La verdadera visión crítica debería aprenderse en Sainte - Beuve: quien lee los **Lunes** no sabe si lee una biografía del autor o un estudio sobre sus obras. El propio Goethe, a quien Sainte Beuve llama "el más grande crítico moderno y de todos tiempos", había dado ya, tratando de Voss, el mejor precepto: "Comentar la obra por el autor, y al autor por la obra". Por lo demás, Goethe hacía tanto caso del hombre mismo, oculto o revelado en las obras, que creía siempre traslucir, más allá del suelo estético, una invisible raíz moral. "En general, lo que procura al escritor la estimación del público son sus cualidades de carácter y no su talento artístico. Napoleón decía de Corneille: *S'il vivait, je le ferais prince*, y no lo leía! No lo dijo nunca de Racine, a quien sí leía" (Eck. 30 - III - 1924). Por sobre la valla de una centuria de estetismo que nos divide, nos damos la mano. Porque la categoría moral es el nervio de las otras virtudes. Y si esta figura plástica no se realiza al pie de la... línea, es porque de la perfección sólo recibimos las sombras, aquí abajo.

9.—Paradoja estética contra la cual conviene precaverse: el mismo equilibrio del poema goethiano engaña respecto al vigor vital en que él se expresa. Se me ocurre insistir en ciertas antiguas reflexiones sobre la simetría en la estética de Goethe (**Cuestiones estéticas**, 133 - 139): Fausto y Margarita, Mefistófeles y Marta, Homero y Ossián en el **Werther**; Eduardo, Carlota, Otilia, el Capitán y el Arquitecto, en danza compleja de "afinidades electivas"; los motivos de ciertos poemas, los mismos efectos simétricos tomados a la su-

perstición y a la magia. La simetría: imitación o tendencia hacia el cristal, hacia lo más estático que se encuentra en la naturaleza. Aquí del principio de Aristóteles, **De Cielo** c. 2: "El movimiento decrece a medida que la naturaleza se hace más perfecta". — El temperamento clásico, constructivo, tiende a mineralizar la idea. El romántico, disolvente, la fluidiza otra vez y la vuelve al caos y a la espuma.

Un ejemplo claro: lo que se llama el sentimiento de la naturaleza. Rousseau, y casi todos en aquel siglo, anuncian el Romanticismo disolviendo melancólicamente al hombre en la naturaleza, con acompañamiento de suspiros y lágrimas. Goethe, acaso por ser hombre de mejor salud, contempla siempre la naturaleza como un marco en que se mueve el hombre, con alegría deportiva, con gusto de saltar y correr; la describe sólo en toques sintéticos y, a veces, tras el telón del paisaje, cree ver un laboratorio de energías geológicas. Por aquí, la naturaleza tiende hacia la fórmula y quisiera esquematizarse. Estas palabras nos dan todo el proceso: "Suiza me produjo al principio una impresión tan grande que me llenó de confusión e inquietud. (**Primer estado, o estado romántico**). Sólo después de repetidas estancias, cuando, en años posteriores, consideraba las montañas con interés mineralógico, logré contemplarlas con calma. (**Estabilidad clásica**)". (Eck., 22 - II - 1824).

10.—Nunca se insistirá lo bastante: el jinete que quiere todo el rendimiento de su caballo, necesita desarrollar prodigios de equilibrio. Nada más riesgoso y atlético que la energía de normalidad. Para dar todas las posibilidades a su espíritu, Goethe moverá tierra y cielo. En Valmy, se expone un día al fuego de las baterías enemigas. Diréis que es alarde de bravura. No: se trata de experimentar por sí mismo la fiebre especial que ocasiona el retumbo ininterrumpido del cañón. (**Et quorum pars minima fui**. A Nebel, 27 - IX - 1792).

La normalidad lo abarca todo. Siempre, para abordar a Goethe, el mismo ejercicio previo: hay que ensancharse la cabeza. En aquella vastedad (normalidad) no debe turbarnos el tributo pagado a lo pasajero, a lo blandamente juvenil: los años de estudiante en Leipzig, los estragos de la incesante orgía son, también, una crisis indispensable en que se habrá de quemar todo lo combustible. Después habrá más diamante y menos carbón. La normalidad lo abraza todo, hasta los centelleos que nos llegan de lo sobrenatural, los relámpagos metapsíquicos. Un día se ve venir a sí mismo a caballo, por un camino que en efecto había de recorrer más tarde, vistiendo precisamente el traje que vestía su aparición. Otro día, estando en Weimar, tiene de algún modo extraño la monición de un terremoto en Mesina. La dama estrellera del **Wilhelm Meister**, que, desde la silla en que la tenían postrada sus continuas dolencias, vivía una vida sonambúlica, recibiendo influjos de los astros y repartiendo consejos a sus amigos, acusa en Goethe una preocupa-

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

ción especial por estas fronteras de la ciencia. La **Poesía y realidad**—aunque sea por lujo retórico—se abre con una referencia a las constelaciones que presidieron su nacimiento. El **Fausto** es un elocuente testimonio del espíritu aventurero. Cuando Goethe se despide de sus amigos Lota y Kestner, los tres convienen en que el primero que muera procurará dar a los supervivientes noticias del otro mundo. No acontecía de otro modo entre William James y Richard Hodgson.

11.—La normalidad se rodea de pequeñas virtudes que la protejan, virtudes a veces de buen vecino y de burgués. No nos desconcierte la palabra burgués, que hoy sólo se usa para designar al enemigo. Antes significaba otra cosa, y en aquel sentido, hay cada líder revolucionario de nuestros días, que vive lo más burguesamente. Goethe no sólo era burgués por su nacimiento. Hacer reservas, irse con prudencia, adelantar con cuidado (el **larvatus prodeo**, de Descartes, en otro sentido más humilde); sacrificar unos años al servicio público para conquistar el derecho a vivir como un pequeño rentista, son todas cualidades burguesas. El mismo dice que a Byron lo perjudicó su situación aristocrática, y hace el elogio de la áurea mediocridad como la mejor condición para el poeta (Eck., 24 - II - 1825). El célebre soneto de Plantino que lo mismo pudiera ser de Horacio, de un Horacio que rezara el rosario y compusiera sonetos —**Avoir une maison commode, prope et belle**—nos da la descripción acabada del estado burgués. Quién sabe si aun aquel desprendimiento de la familia paterna y los amigos de la infancia—en apariencia, angulosidades de un arribismo a lo divino—no sean exigencias de la buena economía, en quien ha aceptado una misión que ha de consumarse tan lejos de Francfort y su mundo. Táctica burguesa, finalmente, el uso y la administración de la vida mundana sólo hasta donde abre las puertas y colabora con la gloria.

Y no es que lo mundano sea necesariamente frívolo. O entonces, tiene aquella frivolidad profunda que Nietzsche encontraba en los griegos. Consiste lo mundano en juntarse para simplemente verse vivir. Para verse vivir conforme a un código riguroso de convenciones que crea, burlándose trágicamente de la naturaleza, prendas y delitos artificiales con premios peligrosos y sanciones terribles. Es una perversión que continuamente sacrifica lo íntimo y lo cordial. Aun la bondad ha de vestirse aquí de acero y hacer méritos de malicia. Entre el torbellino de cortesanos, el Príncipe de Clèves tiene que morir de dolor sin expresarse, mientras la Princesa se mustia en un martirio secreto. Nadie lleva el corazón en la boca: de allí el tremendo ahogo. —Y Goethe, que necesita contar con todo su resuello, y en cuya existencia, a pesar de los pesares, habrá siempre una soledad alpestre, deja el mundo entonces, y se va a la cima de las montañas.—Define Van Tieghem que el sentimiento moderno de las altas cumbres

entra con Goethe en la literatura europea.

12.—En cuanto al sentido de burguesía en política, basta, sin apurar demasiado, que en todas sus obras y fragmentos donde el tema aparece, Goethe respete al pueblo. Se burla, en buen hora, de los charlatanes y agitadores. Reconoce la justificación que asiste al pueblo francés y a todos los pueblos oprimidos. En su aversión a la violencia y a los falsos apóstoles, quisiera hacer la revolución desde arriba para evitar excesos y sangre. Se ha dicho que su **Germán y Dorotea** es la apología del burgués alemán. Por lo demás, nunca admitió que lo clasificaran como conservador, declarando que la mayoría de lo que existe puede ser mejorado. Todo, en su vida y en su obra, respira la más viva simpatía para el artesano y el obrero, a quienes seguramente consideraba como la parte más amena y hermosa de la humanidad, comparándolos con las abejas y con las aves. En su labor de Ministro, su mayor preocupación, su verdadera obra política, consistió en mejorar la condición de los campesinos y labriegos. Verdad es que todavía los consideraba como menores de edad, porque ciertamente lo eran. Y lo son aún para las legislaciones que, al acercarse a ellos, lo hacen con los miramientos y cuidados de una verdadera tutela o guarda de almas. Los cambios políticos y económicos que trajo el siglo XIX no encuentran a Goethe con las puertas cerradas. Al contrario: lo hacen atemperar su individualismo y organizarlo, por decirlo así, en una sociedad del trabajo donde no haya ociosos ni diletantes. En el **Meister**, dibuja una utopía social impregnada de sansimonismo. Su amor al trabajo, lo trae al buen lado y lo hace nuestro.

13.—La normalidad se protege, si hace falta, venciendo el propio corazón. Una y otra vez, a cada etapa de su vida, Goethe huye de otra mujer, huye de la esclavitud de las pasiones, huye con los dioses en el seno como Eneas,—como un Eneas que llevara dentro de sí mismo el incendio. Rueda, y da al fin en el matrimonio, donde buscará un equilibrio y no una fiesta. Al matrimonio de brillo social o aun al matrimonio de compañía intelectual—a lo francamente mundano o a lo francamente bohemio—no se atreve. ¿La galantería? Pase: hasta donde no perturba la vida, la adorna y la acompaña. Pero sea lujo de puertas afue-

ra, en el salón del vecino. Nada de azares en lo íntimo de la propia casa. En materia de matrimonio, Goethe confiesa ser severo, aunque en todo lo demás sea muy tolerante (Eck., 30 - III - 1824). Y lo curioso es que tal declaración de Goethe venga precisamente a sus labios a hablar de las **Afinidades Electivas**, libro que Wordsworth arrojó un día al suelo en presencia de Emerson, por parecerle una obra pecadora. (Añádase el dato a los que trae Carré en sus investigaciones sobre Goethe y la literatura inglesa).

Cierta ocasión, reflexionando sobre la vida de Lope, nos saltó a la cara la evidencia: grande es la responsabilidad de la mujer en la formación del poeta. Al voluptuoso muchacho madrileño, allá en los albores, una mujer lo domesticó poco a poco hacia la depravación. A Elena Osorio son imputables buen número de relieves, arrugas y cicatrices en el alma de Lope de Vega. Hombre de placer, rompió para siempre, en brazos de la comedianta, cierta castidad esencial de todo amor, como la lectura de la **Dorotea** permite apreciarlo. Ya no le pidamos más cuenta de sus actos: mucho es que salve el estro, en la marejada de aquella naturaleza incontenible.—Muy otro es el proceso de Goethe, que a cada trance parece que va a perder pie, y al fin se recobra. Adèle Fanta se queja con razón de los que, con Blaze de Bury, agrupan sumariamente bajo el título de queridas de Goethe a cuantas mujeres trataron con el poeta, desde Augusta de Stolberg, a quien él ni siquiera conoció de vista, hasta Cristiana Vulpius, que fué siempre la mujer de hogar y al cabo su esposa legítima. Larga es la lista: Gretchen, Katchen, Federica, Lota, acaso Maximiliana, Lili, Carlota de Stein, Corona, la marquesa Branconi, la linda milanese, Faustina... hasta Ulrica la de Marienbad, novia de la vejez. Las primeras encendieron y atizaron el fuego. Goethe escapa, robando para siempre el resabio de emociones que luego verterá en su poesía: ya la emoción de la Margarita abandonada, ya la emoción de la Carlota inaccesible. Mme. de Stein se encarga de apaciguar este fuego, con un riguroso sistema de duchas de agua fría a lo largo de varios años. Y cuando ya el fuego ha aprendido a cundir sin llama y sin estruendo, cuando sirve ya para cocinar el diario alimento de la ternura, aparece Cristiana.—Con Cristiana Vulpius, a quien tanto ha injuriado la posteridad haciéndose eco de los celos de Mme. de Stein y de Bettina Brentano—porque nunca las sirenas perdonan a Penélope—Goethe aprenderá a sustituir el amor-fantasma por el amor-cultivo. A la tibieza de aquel corazón sencillo, se acaban de modelar cien obras maestras. Goethe era ya cuarentón y ella tenía veintitrés años. La mujercita dulce y burguesa—a quien hay que imaginar con una corta cabellera de rizos negros y no con unas largas trenzas rubias de Gretchen, como sueña Blaze de Bury—cura suavemente a su poeta de las heridas con que vuelve del mundo.

Alfonso Reyes

(Seguirá en la próxima entrega.)

INDÍCE



ENTERESE Y ESCOJA:

Benjamin Franklin: <i>El Libro del Hombre de Bien</i>	4.25
Harry Domela: <i>El Falso Príncipe</i>	4.25
León Trotsky: <i>La Situación Real de Rusia</i>	3.50
Pío Baroja: <i>Los confidentes audaces</i> . Novela.....	3.50
Luis Araquistain: <i>La Revolución Mexicana. Sus orígenes, sus hombres, su obra</i>	5.00

Solicítelos al Adm. del Rep. Am.

La Humanidad y el Dinero

Fragmentos de la Conferencia que dió Wells en el Teatro Español de Madrid, en la noche del jueves 1.º de mayo de 1932.

= De Libertad. Madrid =

Comienza Wells su conferencia congratulándose de que el Comité Hispano-inglés le haya dado ocasión para visitar España bajo la República, permitiéndole con su invitación satisfacer un deseo hace tiempo sentido.

"No hablaré—dice—de los impresionantes paisajes que he visto en España, pues vuestra Asociación es literaria y no turística y la hospitalidad que me ofrecéis se dirige no al forastero ingenuo, sino al literato inglés. Aunque no sé si tengo derecho a ese título, ya que un grupo de críticos jóvenes de Inglaterra me lo niega, y debo confesar que no se me pueden atribuir ni poesías, ni obras teatrales, ni libros de fina crítica".

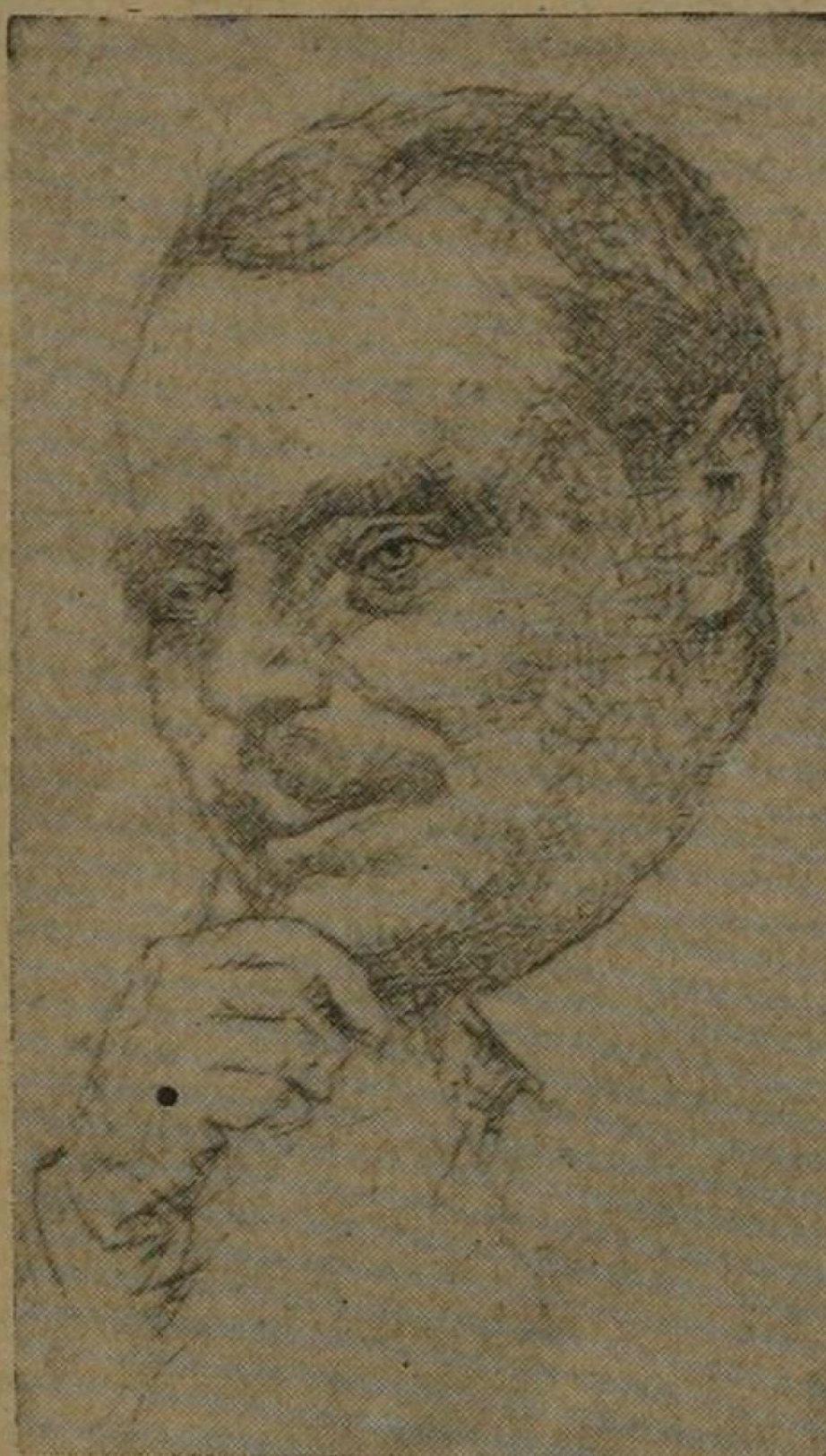
Después de esta ironía tiene un recuerdo para el dramatismo de la guerra europea, y se ocupa de las consecuencias de aquella gran conmoción mundial en su personalidad de escritor, diciendo:

"Soy una de las personas que fueron profundamente removidas por la gran guerra. Tengo la sensación de un continuo despertar, de estar descubriendo cosas desde aquella impresión tan tremenda que recibí en agosto de 1914. Ya antes tenía la sensación de que se preparaba algo nuevo; pero mi presentimiento del cambio adquirió vida intensa bajo la viva luz que arrojó aquella catástrofe con sus desoladoras consecuencias. A raíz de aquel acontecimiento me desvié de la literatura imaginativa, tomando una nueva dirección. Esta guerra, decía yo, es el primer avance de una profunda revolución de la vida humana. Las cosas que ocurren en nuestro alrededor son estupendas y confusas. Lo que necesitamos, ante todo, en esta tempestad de acontecimientos, es darnos cuenta de lo que efectivamente está pasando. Lo dije en 1917 y lo sigo diciendo. Desde entonces dedico la mayor parte de mis esfuerzos a presentar al vulgo culto una descripción sencilla, aunque completa, de lo que es y de lo que está ocurriendo, para que sirva a los que tienen que vivir en esta época de violentos cambios. Procuro resumir y simplificar las cosas para que se vean en su conjunto".

Al entrar en el tema de la conferencia—"La Humanidad y el Dinero"—, anuncia que va a exponer los datos esenciales de la historia y del funcionamiento del dinero.

Y añade más tarde:

"Vivimos en una época de grandes apremios, que nos han cogido desprovistos. Y ninguna cuestión es tan urgente en estos momentos como la monetaria, que, en opinión de las personas clarividentes, va dejando relegados a lugar secundario todos los demás problemas políticos y sociales".



H. G. Wells

Declara Mr. Wells:

He aceptado muy complacido la invitación de la Sociedad Hispanoinglesa porque me brindaba la grata oportunidad de volver a España. Hasta ahora sólo había visto este país como turista. Y sentía el más vivo deseo de cerciorarme personalmente de lo que piensa España en estos momentos sobre la marcha del mundo.

Durante siglos la posición geográfica peculiar de España la ha mantenido un poco apartada del resto de Europa. Hoy, afortunadamente, que se reintegra a nuestra vida común, se encuentra en una situación privilegiada, por ser la más "desligada" de las naciones ("the most disentangled country"), la más libre de recelos y resentimientos. España, con su espíritu renovado y rejuvenecido, libre también ahora de seculares preocupaciones, puede aportar la colaboración más original y más útil al común esfuerzo para resolver los problemas del mundo.

Yo soy uno de los muchos hombres, cada día más numerosos en los países de habla inglesa, que sienten con ansiedad creciente la preocupación nacida de los peligros que amenazan en la hora actual nuestra civilización moderna. Nuestros medios de transacción comercial se están hundiendo; nuestro sistema monetario y de crédito está pasando por el mismo grave trance, y a la vez nos amenaza un incremento constante del paro forzoso y una disminución paralela del poder adquisitivo, debidos a la misma perfección de nuestra organización productora.

Sabemos que esta dolencia es universal, abarca al mundo entero, y que es la misma en todas partes. Creemos que no puede curarse ni resolverse por partes separadas, y que hay una necesidad urgentísima de que una colaboración sin precedentes de todos los Gobiernos del mundo se establezca pronto, muy pronto (subraye esta última palabra—me advierte Mr. Wells—), si no queremos ver a nuestra civilización común hundirse en una nueva era de las tinieblas.

Pues bien: yo creo que la gran comunidad de paí-

(Pasa a la página 31)

Sigue la historia de la moneda con minuciosidad, y dice, entre otras cosas:

"Hubo en la civilización humana una larga fase en que se carecía de toda moneda. Hace cuatro mil años existían ya varias sociedades muy civilizadas, con artes y comercio florecientes, con muchas comodidades y prosperidad material. Tan acostumbrados estamos a realizar nuestros asuntos mediante pagos en dinero, que nos cuesta un esfuerzo imaginativo figurarnos aquellas condiciones primitivas sin moneda. La mano de obra era de esclavos o siervos y se pagaba en subsistencias; el comercio se hacía trocando un producto por otro, y es probable que el hombre haya pasado mucho tiempo echando mano de sus dijes metálicos para fines de compra antes de comprender a conveniencia de las piecitas de metal de determinado peso y dimensiones".

"¿Qué efectos produjo el dinero acuñado? Introdujo en las relaciones humanas otra forma de riqueza de características muy nuevas y suyas. Antes, la riqueza consistía en bienes inmuebles, y también muebles; pero siempre visibles y a la luz del sol: esclavos, reses, enseres, avíos, etc. No se la podía esconder. No era fácil trasladarla de un sitio a otro ni invertir en negocios, sino que estaba siempre al alcance y bajo la intervención de un gobernante fuerte".

"Si se compara el desarrollo del imperio romano con el de los imperios anteriores de Mesopotamia, el Nilo y el Oriente más lejano, se verá en seguida la enorme diferencia entre la vida de éstos y de aquél por existir ya el dinero. Y no es una mera diferencia de grado, sino primordial. Hablando en términos zoológicos, el imperio romano perteneció a un tipo distinto en su estructura y su ser a otra clase de imperio. Mayor y más suelto de cuerpo, estuvo mucho más centralizado en la cabeza. Sus impuestos, los recaudaba en dinero y no en esclavos o productos".

"Con el derrumbamiento político y los disturbios de los siglos v, y vi y siguientes de nuestra era, se deshizo por completo el sistema monetario y crediticio del mundo romano. La Alta Edad Media fué una época de desorden, tanto en el aspecto económico como en el social y político. La población ha debido disminuir enormemente. Con el tiempo, resurgió el dinero y, basado en él, el tráfico; el hombre pudo mejorar y ensanchar su vida, y en los siglos x y xi volvieron el orden y la energía".

"La nueva civilización monetaria no estuvo centralizada políticamente como lo había estado la romana; pero poco a poco se resta-

blecieron las antiguas o análogas condiciones en cuanto a la propiedad. La gente nuevamente tomaba y daba préstamos, y se vendían tierras y privilegios por dinero”.

“Luego, en los siglos xv, xvi y xvii, vino como ustedes saben, ese ensanche tan tremendo, esa expansión de la actividad humana. Eran los albores de nuestra Edad Moderna y de agitado progreso. No voy a detallar aquí todas las fuerzas convergentes que produjeron el libro de imprenta, que libertaron la mente inquisitiva y lanzaron a los exploradores europeos en sus viajes de navegación alrededor del mundo. Pero—y éste es el punto que deseo subrayar—en seguida vino una abundancia de metales preciosos a confirmar y aumentar el valor de las nuevas conquistas de la civilización. Sin que nadie lo haya planeado ni previsto ni haya comprendido siquiera los resultados que iban a surgir, de repente se derramó nuevo oro y nueva plata, especialmente ésta, sobre Europa. Fué como la transfusión de sangre sana en un cuerpo anémico. Hubo en seguida dinero para liquidar las deudas, para emprender nuevas obras y lanzar grandes expediciones; hubo medios de pagar a la gente y darles trabajo, para que a su vez pudiera aumentar la circulación. Había abundancia de plata, y a medida que se gastaba venían nuevas y cada vez mayores cantidades. Fué obra de España principalmente. La historia de España durante dos siglos es la historia de la plata”.

“Nuestras dos naciones, la de la Península española primero y más tarde la Gran Bretaña, reaccionaron más que otras naciones a este torrente estimulador. Cuando dejemos de enseñar la Historia como charla anecdótica de reyes y personas análogas y penetremos en las realidades materiales que forman el cauce en que fluye, España e Inglaterra ya no figurarán como antagonistas—con ese cuento tan latoso de la Armada y la tempestad—sino como las dos naciones que fueron las primeras en ser elevadas, una tras otra, por el accidente de esta nueva abundancia de dinero, y lanzadas a una expansión material como no lo ha conocido ningún otro pueblo. Desbordaron todos sus límites. Considérese la América de hoy día, que forma sólo una parte de aquella inmensa expansión. Compárese en extensión y fuerza materiales la España del siglo xv, que ape-

nas si logró conquistar Granada, con el imperio mundial de Carlos V; o la pequeña Inglaterra del tiempo de Colón con el mundo de habla inglesa de hoy día. Las nuevas fuerzas de expansión influyeron finalmente en todos los países; pero se hicieron sentir primero en los del Atlántico”.

“Fué la plata española la primera que anduvo por el mundo renovando y ensanchando la vida del hombre... Aquel predominio duró hasta fines del siglo xviii. Cuando al separarse los Estados Unidos de América del Norte eligieron un nuevo sistema monetario, desecharon la moneda inglesa, dando preferencia al peso o dólar español por ser de uso más extendido. Y sólo al descubrirse las extraordinarias riquezas de oro en los países de habla inglesa, y principalmente en Australia, California y África del Sur, perdió el dólar su importancia monetaria ante el auge de la libra de oro, es decir, la libra esterlina, como la conocimos hasta 1914. Esta circunstancia, con el concurso claro está, de varias otras, cambió la base de los asuntos mundiales de la plata al oro”.

Sigue el curso de la historia de la moneda hasta llegar al año 1914, punto de parada, al iniciarse la gran guerra.

“Sin que el hombre lo sospechara—dice,—vemos que su vida económica se ha transformado, haciéndose de varias economías distintas una sola mundial. Pero no se ha hecho el correspondiente ajuste en el orden político ni se ha cambiado nuestro sistema de enseñanza para que nos hagamos políticamente ciudadanos del mundo”.

“Y si la guerra fué un desastre, los Tratados de paz fueron un error craso que aun perdura porque seguimos sufriendo las consecuencias de aquel mal arreglo. Ahora para todos es evidente que la misión principal de la Conferencia de Versalles era la de hacer una limpieza general, quitando los escombros del antiguo régimen nacionalista e imperialista y reconociendo, mediante nuevos ajustes políticos, la realidad de que el mundo en los aspectos económico, financiero y monetario ha llegado a ser una sola entidad. Es fácil juzgar a posteriori y señalar ahora los errores de entonces; creo, sin embargo, que hoy día podemos condenar aquellos convenios sin que nuestra condenación constituya una injusticia para sus autores, porque ahora se ve tan claramente, como no se vió

en aquella fecha, que lo que hacía falta era unificar el mundo cuando ellos, al contrario, lo desmenuzaron más, poniéndole mayor número de remiendos del que ya tenía”.

“No estudiaré en detalle los esfuerzos hechos, principalmente por Inglaterra, para volver al ídolo del patrón oro, que antes de 1914 funcionó prácticamente como sistema monetario mundial. Teniendo ante la vista la historia de veinticinco siglos, que dice tan claramente que el peligro fundamental inherente en todo sistema monetario es el de gravamen y entorpecimiento por las deudas, los vencedores en Versalles se impusieron unas cargas inmensas entre sí y aplastantes en los vencidos. El peso de estas cargas hubiera sido insoportable de todos modos; pero lo fué mucho más cuando los Estados Unidos y Francia se pusieron a retirar el dinero de la circulación. La City de Londres no pudo cobrar su antigua hegemonía como centro financiero del mundo. Los precios bajaron y el dinero se enrareció. Cada vez resultó más difícil tanto la liquidación de las deudas como la obtención de nuevos capitales para ensanchar las Empresas y seguir produciendo. Esta es la situación en que nos encontramos hoy en día. Llegados a este punto, la musa de la Historia se retira, dejándonos planteado este problema.

“¿Cómo se ha de resolver? Deseamos restablecer las condiciones en que el dinero va aumentando, para que haya mayor cantidad en circulación y podamos liquidar nuestras deudas, extender nuestras iniciativas productoras, dar trabajo a los parados y llegar a tener mayor actividad, riqueza y felicidad. Deseamos continuar esta segunda época monetaria hasta alcanzar la seguridad de una abundancia mundial. Todo esto es, desde luego, posible”.

“Sólo que nos parece que no lo podemos conseguir: porque actualmente no se puede establecer una intervención mundial del dinero en circulación. Cada uno de los Gobiernos soberanos, dentro de sus límites nacionales, dispone, a su antojo, en materia monetaria. Vivimos en un régimen económico que abarca el mundo entero, y, sin embargo, no existen medios para tener en circulación una moneda mundial”.

“Se habla mucho del daño que producen en Europa las nuevas y cada vez más altas barreras aduaneras, sin tener en cuenta que éstas se deben en gran parte al intento—acaso algo torpe—de compensar los movimientos convulsivos del intercambio originados por las fluctuaciones monetarias. Ambos fenómenos son aspectos de una misma cosa: la imposibilidad de proseguir con nuestra civilización actual, que se ha hecho cosmopolita, mediante un sistema de mandos puramente nacionales”.

“Es evidente a todos los que tengan ojos para ver, que la civilización en que nacimos esperanzados se está hundiendo, y rápidamente. No creáis en esa absurda doctrina de la revolución social que lo ha de salvar todo. No se vislumbra revolución alguna que pueda salvarla. Este régimen en que vivimos se ha

LOS
expectorante oriental

de salvar por sí mismo o perecer. Actualmente nuestra civilización está hundándose. No os forjéis ilusiones sobre ello. Tomemos el caso de Inglaterra, que según la frase optimista de algunos ne- cios "está salvando la tempestad"; des- de la guerra, la delincuencia en Ingla- terra ha aumentado en más del 100 por 100, y el paro forzoso en un 400 por 100, mientras que el presupuesto de gas- tos para la instrucción y la investiga- ción científica ha disminuído. Todo esto indica un rápido descenso de la civiliza- ción. En Alemania y Europa Central, el proceso disolvente ha ido mucho más le- jos. Los Estados Unidos, por primera vez en su historia, se ven frente a mas- sas de hombres hambrientos".

"Nada de esto era inevitable, ni tie- ne por qué continuar. Bastaría con que los principales países del mundo diesen de lado sus disputas políticas y se com- neretrasen sobre la cuestión monetaria, tan sencilla de por sí, con lo que podría detenerse la descomposición. No preten- deré que todos los males que actual- mente sufre el mundo puedan aliviarse con este solo remedio; pero repito que se trata de lo más urgente, y si nues- tra civilización pudiera ponerse de acuer- do sobre este punto, cabría esperar que se evitasen otros peligros menos inmi- nentes, aunque también muy graves".

"Y por ello me parece de la mejor oportunidad la ocasión que me brindan de exponer estas ideas en Madrid, ante entendimientos selectos de España, en esta nueva República. Siento sólo no ha- ber podido expresarlas en castellano. El pensamiento español ha desempeñado siempre un papel netamente varonil y vigorizador en la cultura europea; pero no entraré en consideraciones sobre el va- lor de las que fueron iniciativas espa- ñolas en el pasado; las que me intere- san son las de la España de hoy y del mañana. Pero ¿con qué criterio mira la moderna intelectualidad española este problema universal del dinero? ¿Qué parte va a tomar el mundo de habla es- pañola en el conflicto que se plantea a nuestra segunda civilización?

(Y no debe olvidarse que fué España la que trajo la plata a Europa e inició el nuevo movimiento).

Hágase del

EL CAPITAL,

Crítica de la Economía Política, de Carlos Marx. Traducido al Castellano de la última edición alemana por Ma- nuel Pedroso, Catedrático de la Univer- sidad de Sevilla. Edición de M. Aguilar. Madrid, 1931. 1612 páginas. Precio del tomo empastado: ₡ 30.00.

Hágase también de

CARLOS MARX,

Historia de su vida, por Franz Wehring. Ed. CENIT, 1932. 580 páginas. Precio del volumen empastado: ₡ 15.00.

Solicítelas al Administrador del *Repertorio Americano*.

"Y cuando pienso en la necesidad de que se propague por doquier la idea exacta de lo que representa el dinero, de lo que debe hacerse y de lo apremiante que es adscribir a esta obra grandes mas- sas de la población del mundo, salta a mi mente el alcance que podría tener el tema del sostenimiento monetario si la campaña se hiciera sólo en dos idiomas: el castellano y el inglés".

Termina el conferenciante con estas palabras:

"En fin, o bien estamos pasando la primera fase de un derrumbamiento mu- cho más imponente que el de Roma, o bien estamos frente a un esfuerzo heroi- co de salvación mediante la adopción, por el mundo entero, de un solo régi- men económico y la abertura de una nueva era de abundancia y plenitud vital como el hombre no conoció jamás".

Una gran ovación, prolongada, cálida, fervorosa, premia la magnífica conferen- cia de Wells.

Declara Mr. Wells:

(Viene de la página 29)

ses de habla hispana, que ha aportado siem- pre ideas audaces y originales al acervo del pensamiento humano, en todas las etapas de su desarrollo, debe ahora prepararse a con- tribuir una vez más a esta gigantesca tarea de salvación.

Es por esto por lo que he aceptado con ver- dadero entusiasmo esta invitación, y en todo lo que me lo permitan mis escasas faculta- des lingüísticas espero cambiar ideas con cuantos espíritus originales pueda inducir a hablar conmigo durante mi estancia aquí. Mi conferencia del jueves está asimismo pensa- da y escrita en forma deliberadamente "pro- vocativa", para estimular a los españoles que me escuchen a expresar su pensamiento sobre estas cuestiones.

(Luz Madrid.)

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y fo- lletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.)

De las Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, 1932:

Bosquejo histórico de la agregación a México de Chiapas y Soconusco y de las negociaciones sobre límites enta- bladas por México con Centro América y Guatemala, por Andrés Clemente Váz- quez.

Archivo Histórico Diplomático Me- xicano. Núm. 36.

De los "Los Anales de la Universidad Central". Casilla N.º 166. Quito. Ecuador:

Rodrigo Jacome Moscoso: *Derecho Cons- titucional Ecuatoriano*. Quito. Ecuador. 1931.

Cortesía de los autores:

Pedro Ugarteche: *Diplomacia, Historia, Periodismo*. Lima. 1932.

Francisco Monterde: *Proteo*. Fábula en un acto. México. 1931.

Con el autor: Tuxpan, 91. México, D. F. México.

Dr. Juan Rafael Mora: *Contribution a l'étude des différents facteurs qui interviennent dans la conservation des viandes réfrigérées*. Amédée Legrand, édi- teur. Paris.

J. M. Yepes: *La contribution de l'Amé- rique Latine au développement du Droit International Public et Privé*. Librairie du Recueil Sirey. Paris. 1931.

Con el autor: 4, Rue Michel-Chau- vet. Gêneve, Suisse.

Ismael Enrique Arciniegas (Legación de Colombia en el Ecuador, Quito.): *Antología Poética*. Editorial Artes Gráficas. Quito. 1932.

Arturo Mejía Nieto (Consulado General de Honduras en la República Argentina, Buenos Aires): *El tunco*. Novela. Xilografía y tapa de Francisco Amighetti. Editorial Tor. Bue- nos Aires. 1932.

Augusto Arias, Quito, Ecuador: *La esté- tica del barroco*. Quito. 1932.

Manuel Núñez Regueiro, Profesor titular de Filosofía General en la Universidad del Lito- ral: *Filosofía integral*. La vida superior. IX. Librería Anaconda. Buenos Aires. 1932.

Con el autor: San Luis, 821. Rosa- rio de Santa Fe. Rep. Argentina.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

Jaime Torres Bodet y lo subconsciente en la poesía

= Envío del autor =

Con su reciente obra—*Destierro*, ("Espasa-Calpe", Madrid)—Jaime Torres Bodet nos depara una verdadera sorpresa. Estábamos acostumbrados a ver en él al poeta de dulce sensibilidad, de gran claridad expresiva (por parte de su madre es francés de abolengo), de parco uso de las metáforas. *Destierro* pregonaba toda una intuición de la poesía que está poco conforme con ese mundo poético, leve y sugestivo como una clara mañana abriéndose...

Para enfocar, sin preámbulos, nuestro examen diremos que, en *Destierro*, el poeta inaugura algo que debiera valorizar otra vez la poesía, desvirtuada hoy por el abuso de lugares comunes, de ritmos cansados, de imágenes desteñidas, desprovistas de toda carga o resorte emocional a fuerza de repetidas. Esto es, precisamente, lo que ha buscado ahora Torres Bodet en *Destierro*. En esa obra de poesía, el poeta mexicano transmigra al mundo en penumbra de la subconciencia, donde las normas que rigen no son ya las de la conciencia clara, de la inteligencia razonadora, y las asociaciones, los acordes y las analogías obedecen a otras diversas sugerencias.

La poesía lírica, ya en sí algo irracional, es, en resumidas cuentas—la verdadera, a lo menos: la de los genios,—una intervención fulgurante de lo irracional en la esfera de la razón y del sentimiento. Mas, igual al relámpago, esa poesía no nos deslumbra todos los días. En la poesía de los que no son genios, en la poesía que dijéramos común—si los conceptos de la poesía y de lo común no estuvieran reñidos, por naturaleza—dicha irracionalidad está entreverada, en las imágenes, por la razón y ésta es la que, en último término, sobresale, la que le da cumbre en la creación poética.

En *Destierro* las partes se cambian: es lo irracional lo que está ahora sobresaliendo y la razón la que baja en el escalafón jerárquico hasta convertirse en doncella de esa potencia misteriosa que hemos nombrado. Claro, pues, que siendo *Destierro* obra en que se refleja, más que el de la conciencia clara, el mundo harto obscuro, el trasmundo de la subconciencia, encierre en sí mucha vaguedad, un hermetismo no fácil de desentrañarse.

Las escuelas "decadentes" nos han ya dejado modelos de hermetismo. Además, nos han enseñado el valor emocional que contiene toda vaguedad lírica. Mas el hermetismo implícito en el "simbolismo" era algo—dígase lo que se quiera—superficial y de capa no tan profunda, mientras en *Destierro* es algo que cala



Piero Pillepich

más adentro, algo que radica en la visión sin enganche visible con lo racional—que ya hemos visto regir el mundo de las imágenes.—No reinan en *Destierro* las normas de la "acostumbrada poesía" que diría Carducci, sino otras, menos pragmáticas, más sutiles, ocultas y subterráneas. Las analogías, las comparaciones—las imágenes, en suma—no surgen ni se forman aquí con trozos de realidad o de fantasía cosidos por el hilo imprescindible de la razón, sino por saltos de analogías, por bruscos cambios de categorías, por choque de substancias racionalmente lejanas unas de otras o puestas por la razón sobre planos diferentes y que aquí se nos descubren, curiosamente juntadas por la imaginación sorprendente del poeta.

De aquí el que no siempre podamos seguirle por los caminos por donde anda libre la subconciencia. De aquí, asimismo, que, a veces, el funambulismo de la imagen produzca vértigo. Sin embargo, esas mismas metáforas—una verdadera profusión, cual si Torres Bodet fuera otro "Imaginífico"—no son tan abstrusas que no podamos llegar a captarlas y, por ende, domeñarlas en gozoso disfrute. No se necesita ninguna previa iniciación como para una nueva, más abstrusa o más absurda teosofía. Es bastante un poco de comprensión—de esa comprensión que ya nos pedía Guyau para poder, al amor de su luz, querer en seguida las cosas.

Como el "simbolismo", a pesar de haber introducido *ex-abrupto* en la clásica poesía francesa de dos dimensiones una tercera dimensión: el sentido de la vaguedad, el matiz; como el "simbolismo", a pesar de ese súbito "strappo" a la tradición literaria, encontró igualmente adeptos fervidos porque ofrecía, a las letras de Francia, una nueva sensibilidad y una nueva pedagogía—muy eficaces para recobrar el sentido divino de lo poético,—así esa otra vaguedad, ese mundo

lírico en ciernes y no sin gratas sorpresas para el espíritu va a encontrar, sin duda, otros adeptos, otros discípulos y admiradores.

Y, como las intenciones de Torres Bodet son "oneste e liete" que diríamos los italianos, porque lo que él procura es renovar el sentido de la imagen ofreciendo al cansado paladar contemporáneo una sensibilidad poética más de acuerdo con nuestro tiempo, acordémosle el crédito que nos pide y que—por su labor lírica anterior y también por sus novelas—merece. ¿Quizá él nos ofrezca algún día el hilo de Ariadna para llegar al centro de ese nuevo laberinto: el propio corazón de un poeta!

Es preciso, empero, que nosotros también colaboremos en esa tarea, poniéndonos de su lado, quiero decir del lado de la poesía pura. Es preciso que nos habituemos, desde hoy, a considerar a la lírica de otra manera, a no ver en ella una simple sarta de renglones—que bien pueden disfrazar lo más huero o soso que cubren con tal de que las exigencias rítmica y métrica queden a salvo,—sino algo particular, acorde a nuestra compleja espiritualidad contemporánea: algo que, en su estructura general, obedezca no ya a la lógica vulgar, de la razón, sino a otra, cuyas normas y límites están todavía por definir. Si Unamuno, para cohonestar las arbitrariedades de que hacía alarde, nos hablaba de una lógica "cardíaca" ¿por qué no habría de existir también una lógica de la imaginación, una lógica de la poesía y para uso exclusivo de la poesía? A este respecto el que escribe está todavía en la otra orilla y, por más que quisiera, no sabría desprenderse de los viejos conceptos de razón y de lógica que le es fuerza aplicar, si bien *cum grano salis* a la misma poesía. Por eso deja el paso libre a quienes, por tener más confianza en la lírica actual, están en aptitud de estimar mejor sus pesquisas y juicios.

Lo cierto es que *Destierro*, de Torres Bodet, clama ya por esa nueva estética de la poesía, pues implica la existencia de ese hilo de Ariadna del cual habíamos para llegar hasta el corazón del lirismo y no es posible aceptar la idea de que el poeta haya querido deslumbrarnos, simplemente, con el relampagueo de una imaginación delirante.

Velut aegri somnia, que decía Horacio. Pero como esto no ocurre, por fortuna, en la poesía de Torres Bodet, habrá que encontrar el secreto que dé plenamente con ella.

Piero Pillepich

Fiume, Italia.